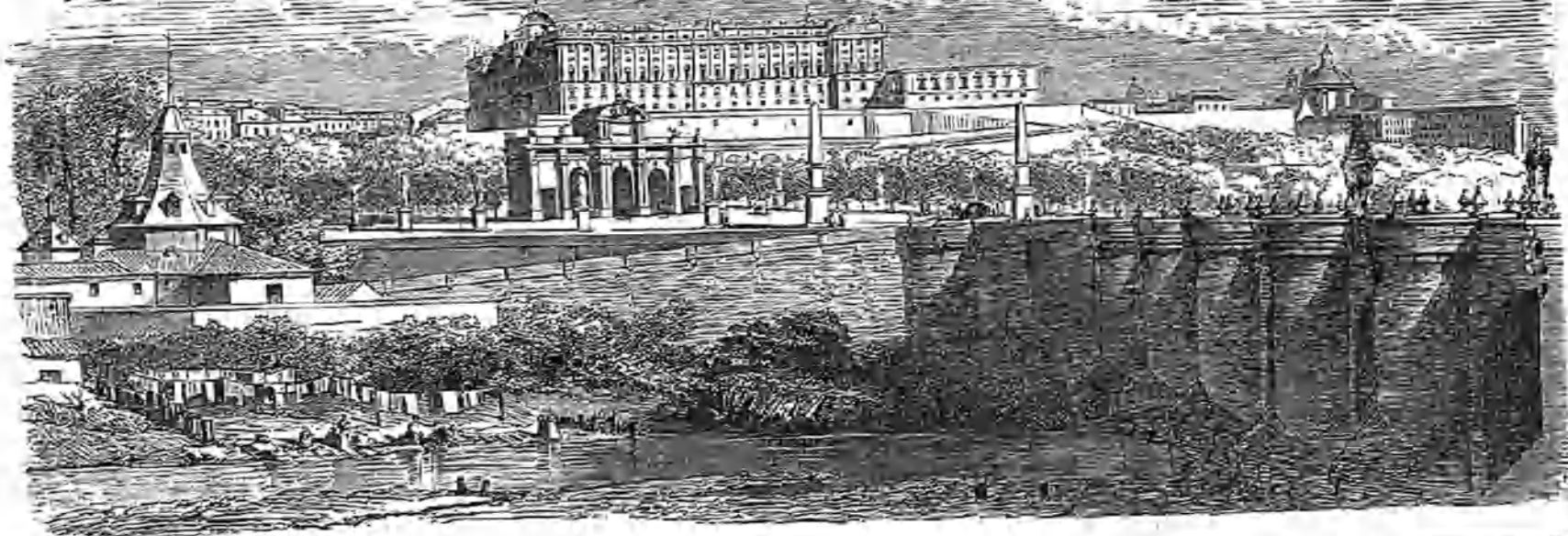


# LA ILUSTRACION DE MADRID



## REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

MADRID 15 DE FEBRERO DE 1871.

NÚM. 27.

AÑO II.

### SUMARIO.

TEXTO.—*Ecós*, por D. Isidoro Fernández Florés.—Don Antonio Ros de Olano. La Serrana de la Vera (continuación), por don Vicente Barrantes.—D. Hilarión Estayra (conclusión), por don J. M. Espinosa y Sola.—Costumbres del siglo XVII, (conclusión), por D. Julio Monreal.—Tradiciones asturianas. El ermitaño, por D. Luciano García del Real.—Viaje al corazón de una mujer, por D. Salvador María Grandz.—En episodio del bombardeo de Estrasburgo, por D. Jaime Clark.—Campaña franco-prusiana (continuación), por D. Eduardo de Martiánez.—Teatro, por D. A. Sánchez Pérez.—El castillo y tierra de Coca, antigua Caucá (Segovia), por D. Ricardo Villanueva.

GRABADOS.—Don Antonio Ros de Olano, de una fotografía de Laurent.—Entrada de los alemanes en el fuerte Vierge, dibujo de D. J. L. Peltzer.—El teatro de Estrasburgo, después del bombardeo, dibujo de D. N. Doméc.—Mercado y matadero de caballos en París, dibujo de don J. L. Peltzer.—Entrada al despacho de carne de caballo en París, del mismo.—Revista militar del día 29 de enero. Las tropas desfilan delante del rey, del mismo.—Castillo de Coca en la provincia de Segovia, tomado desde el S. E., dibujo de D. N. Doméc.—Recuerdos de un viaje. La conducción de un cadáver en un pueblo, dibujo de don N. Noya.—Recuerdos de un viaje. El médico de la aldea, dibujo de D. N. Valdivieso.—Japuzilisco.

### ECOS.

Cayó París. Los fuertes y las murallas han sido inútiles. A modo de un paladín esforzado, se cubrió de hierro de la cabeza á los pies y aguardó el combate. ¡Pobrecillo! Los prusianos se reían de él desde lejos, calentándose en las hogueras del vivac. Sabían que aquel coloso de invulnerable armadura tenía estómago. Sin disciplina no hay ejército, dicen los tácticos; mentira, sin rancho debieron decir. La rendición de París ha demostrado una vez más que los sitios duran mientras los sitiados tienen que comer. A sí es que, estoy seguro de que Mr. Bismarck, que tanto sabe, en vez de tener consejo de generales, como Mr. Moltke, habrá tenido juntas de cocineros, y mientras el uno calculaba los hombres que necesitaba para tomar un fuerte, el

otro sumaría los caballos, perros, ratones y sacos de harina que se habrían comido ya los parisienses.

Cuando un soldado se asoma á las troneras de la plaza que defiende y ve los cañones enemigos que le amenazan, siente que le sube al corazón y que le nubla la vista un vapor de sangre y de muerte. Pero si después de dos días sin ración le trae á la nariz el viento que llega del campo sitiador aromas de cabrito asado, *¡Allí se come!* exclama... y así empiezan las capitulaciones.

Cuando Mr. Favre fué á conferenciar con Mr. Bis-

marck, ambos se miraron con respeto. La constancia, la inteligencia y el valor los hacían iguales. Sólo la fortuna daba superioridad á Mr. Bismarck. La fortuna, es decir, el haber almorzado.

El patriotismo, como el amor, como la ambición, como todos los grandes sentimientos, se ofrece bajo formas muy diferentes.

Quién, en casos como el en que hoy se encuentra Francia, cree patriótico morir matando prusianos; quién conspira patrióticamente para que vuelva á sentarse en el trono francés la dinastía napoleónica; quién propone una regencia; quién que se fusile á todo el que pronuncie una palabra de paz; cada cual demuestra á su manera el ardor patriótico que le inflama.

*El Liberal Bayonais* inserta una carta de cierto ciudadano francés que entiende el patriotismo de muy diferente manera.

Hé aquí los artículos más importantes de una especie de decreto que propone el dicho ciudadano:

«El pueblo francés se entrega espontáneamente en brazos del gobierno de la república de los Estados Unidos, cuyo asiento es Washington.

Si el gobierno de los Estados acepta, tomará inmediatamente posesión del territorio de Francia, tal como estaba demarcado el 19 de julio de 1870.

Francia formará parte integrante de la república de los Estados Unidos, bajo el título «Estados Unidos de Europa», y estará sometida á la forma de gobierno de aquella y á las mismas leyes, salvo las modificaciones necesarias por la diferencia de costumbres y de religión.

Hasta que los Estados Unidos tomen posesión del territorio francés, Francia se compromete á continuar la lucha contra las fuerzas prusianas.»

El porrafillo más patriótico es el último. Para cuando lleguen los americanos, el autor reserva á los franceses el papel de curiosos.



DON ANTONIO ROS DE OLANO.

En el viaje artístico que el malogrado Valeriano Becquer hizo por España, y de que tan magníficos recuerdos ha dejado en su cartera, tuvo ocasión de observar las costumbres de los pueblecillos y aldeas, y las originalidades que los señalan y distinguen. Así es que sus dibujos tienen un gran sello de verdad.

Das se ofrecen á la vista en este número de LA ILUSTRACION que son prueba de ello. El médico de la aldea y la conducción de un cadáver.

Los que vivimos en las grandes ciudades donde todas las necesidades encuentran pronta y fácil satisfacción, donde nos sobran, cuando estamos enfermos, doctores que nos recetan, y cuando morimos, carrozas que nos llevan al cementerio y sepultureros que nos entierran, necesitamos ver las ilustraciones de Becquer para acordarnos de que hay aldeas sin médicos ni cementerios, pobres pueblecillos perdidos en un pliegue de la tierra ó encaramados en algún cerro, y por los cuales pasa el caminante sin preguntar su nombre y su historia.

Sucedo en esos pequeños hormigueros que alguno de los seres menos pobres que allí vegetan, siente que la vida se le acaba, y como también en los lugares se ama el vivir y se teme la muerte, envías á buscar un médico al pueblo más cercano en que lo haya y que suele distar gran número de leguas.

Uno de los criados de la casa, agarrá su palo, se terció la manta y llega al lugar vecino y á casa del médico á la carrera.

Es de noche por regla general cuando esto sucede, porque los enfermos, como me decía un médico en cierta ocasión, suelen ponerse á morir á la hora menos cómoda.

Al primer repiqueteo de la aldaba no suele contestar nadie, ni al segundo, ni acaso al tercero; pero al cabo se abre una ventana y asoman una luz y aparece una cara. Desde allí se entabla un diálogo animado entre el que está fuera y el que está dentro.

El caso del doctor es tan grave casi, como el del enfermo. Hay que enterarse si la cosa es de pequeña importancia y merece dejar el lecho y montar en el jaco y salir echando chispas á malas horas por malos caminos. Si no es trance de muerte, no merece la pena, porque el enfermo es robusto, y la naturaleza, dice el Esculapio modestamente, le salvará; y si es cosa de que de todos modos ha de morir, lo mejor es rezar un Padre Nuestro y volverse á la cama.

Por fin, el médico, aunque con mucho trabajo, se convence de que puede ser útil al enfermo, y emprende el camino. El criado marcha á pie con la manta cruzada al pecho y suelta: las puntas del aliroso abrigo flotan á su espalda, agitadas en su carrera, y le dan el aspecto de un hombre con alas: el médico le sigue á todo el correr de su rocante, es decir, á un trotacillo pertinaz que le alteraría el orden y habitual colocación de las tripas en el vientre si los de su honrada y lastimosa profesión las tuvieran.

Van por entre matocrales saltando zanjas y cruzando sembrados. Pero en la mayor parte de los casos, cuando el médico llega, es ya inútil, porque el enfermo, cansado de esperar, se ha muerto por sí solo.

Largo tiempo he estado mirando el grabado *La conducción de un cadáver*, sin decidirme á escribir una sola línea. ¿Dónde está la pluma que pueda expresar el sentimiento, la verdad, la grandiosa sencillez de ese dibujo? No he visto nada que me conmueva y diga tanto. Becquer no era un simple dibujante; era un poeta y un filósofo.

Flaxman buscó para sus dibujos trágicos las figuras de la antigüedad y de la Edad Media. Pidió inspiración á Homero, á Esquilo y á Dante. Su majestad, su energía, su fereza, sorprenden y espantan. Su genio, los personajes, las escenas que representa, se apartan por completo de las escenas y los personajes y el genio de Becquer, que nada tenían de académicos, y, sin embargo, yo no puedo mirar este dibujo sin acordarme, no sé por qué, del grandioso estilo de Flaxman.

Los tipos de Becquer no son dioses ni héroes; no son guerreros con armaduras de cincelados soles, ni llevan cascos de cabezas de águila con crestas de cerdos y colgante de largas y ondulantes crines. Son sencillos hombres del campo, pobremente vestidos, que ocultan la frente bajo anchos sombreros ó se cubren la sien con pañuelos atados sin buscada elegancia. Si acaso entre el traje de uno y otro se pueda hallar semejanza, la encontraremos en que las alpargatas de éstos se confunden con las sandalias de aquéllos. Becquer, en el dibujo á que me refiero, ha vencido á Flaxman sin luchar con él:

está á más altura en este entierro de un pobre que el dibujante inglés en los funerales de Héctor.

Es, sin duda, una de esas tardes de invierno en que la naturaleza predispone á sombríos pensamientos. Por en medio de un país abandonado en cuyos caminos crece inútil yerba, cruza una carreta arrastrada por bueyes y en ella va un cadáver que difícilmente puede decirse si está ó no amortajado. Pero es un cadáver. Se conoce bien que ese bulto ha caído sobre las tablas de la carreta con esa gran pesantez que adquiere el cuerpo humano cuando dentro de él se han roto; al huir la vida, los resortes de la voluntad.

Sin duda que el muerto es algún labrador. Por eso le conducen los bueyes que fueron suyos, que araban las tierras que tenía arrendadas, y que guió tantas veces alegre al volver de la era con la carreta llena de mieses hasta la altura en que termina el más alto de los palitroques que la ademan. Sin duda también que aquella pobre mujer fué la compañera de su vida. ¡Qué dolor! Le conduce de un pueblo á otro para darle tierra sagrada. Y ¿quién podría hacerlo mejor que ella, que con su amor y sus consejos le guió también cuando vivía? Acaso este personaje sombrío que, con la cabeza inclinada, va al costado de la carreta, es hijo del muerto: acaso los demás son sus únicos amigos. ¡Qué sentimiento tan profundo! Ciertamente el contraste que ese cuadro ofrece con las fórmulas de la sociedad, no puede ser mayor. Una mujer que va delante del cadáver de su marido, un muerto conducido en una carreta... En las ciudades, las viudas se quedan en casa y los amigos alquilan un carruaje que oculta á la vista de todos su problemática emoción. Las familias acomodadas encierran en costosas urnas á sus difuntos parientes y los envían al cementerio en carrozas vestidas de negro, tiradas por caballos que jamás fueron acariciados por las manos heladas del que llevan á enterrar, y precedido y escoltado de lacayos ígneos, que sólo se afligen cuando no se les da propina.

Su mujer no hostiga á los bueyes para llegar pronto; todos están allí abandonados á su tristeza. Y lo menos triste en el cuadro trazado por Becquer es los seres humanos. El dolor parece haber pasado á la naturaleza y á los animales. El lento caminar de los bueyes, el fiel mastín que sigue su paso y... aquel pajarillo que puebla sobre la desnuda rama de un árbol descansa de los fatigosos vuelos del día y ve pasar, inmóvil como un ser misterioso, como el alado genio de los campesinos, destructor de los insectos que esterilizan los campos, el finébre cortejo, producen en el alma tan profundo sentimiento, que las lágrimas se vierten á los ojos y las oraciones á los labios. Como último rasgo de indefinible melancolía, se ve que la noche va á envolver muy pronto ese cuadro. ¡Hombres y animales, beridos en las espaldas por los rayos del sol en ocaso, llevan delante y van pisando su propia sombra! ¡Paz á los muertos! ¡Paz al artista que duerme el sueño de la gloria!

Una de las cosas que parecía ser de más difícil apreciación hasta ahora, era el valor del cuerpo humano como objeto ocasionando á sufrir desperfectos por la mala fé, la imprevisión ó la ignorancia del prójimo.

Por fortuna, en Nueva-York, emporio de la civilización moderna, se ha dado un gran paso hácia la solución de ese problema.

El tenor Brignoli ha puesto pleito á la compañía del ferrocarril del Este de los Estados Unidos, reclamando una indemnización de 20.000 duros por la dislocación de una paletilla, daño que le fué producido por un descarrilamiento de tren.

El tribunal de Nueva-York ha decretado una indemnización de 38.000 rs.

Ya saben Vds., pues, lo que vale una paletilla.

Siguiendo un sistema de comparación, es fácil saber lo que puede valer por regla general un cuerpo humano.

Siento que mi falta de conocimientos osteológicos me impida profundizar tan grave cuestión; pero excito al celo de los hombres de saber, para que fijen su atención en ella.

Lo que desde luego está para mí fuera de toda duda, es, que, siendo la paletilla pura y simplemente un apéndice del esteroón, la indemnización que debería abonarse por uno de estos huesos rotos contra la voluntad de su propietario, ascendería á ocho ó diez mil duros.

¡Voy á viajar á Vd. el esteroón! Suele decirse muy frecuentemente á cualquiera, amenazándole: ¡Censurable ligereza! La mayor parte de los que así amenazan, no tienen sobre qué caerse muertos. Para cumplir el ofre-

cimiento, es preciso ya tener mucho más dinero que mala voluntad.

Declarado oficialmente el valor intrínseco de los huesos del esqueleto humano, sólo falta para aumentar la prosperidad social, el descubrir el modo de extraer del individuo algunos huesos de los menos importantes y admitirlos como objeto de contratación y comercio.

Hoy día nadie presta 100 rs. sobre palabra, pero, ¿quién se negaría á prestarlos dando en prenda un par de costillas? Las casas de empeño parecerían museos anatómicos y los cesantes andarían desahucados.

He leído en los periódicos una noticia muy grave. El contratista del ramo de limpiezas de esta corte, se ve en la trisaca pero imperiosa necesidad de suspender el servicio, pues no habiendo recibido hace mucho tiempo sino una parte insignificante del precio de la contrata, se ve amenazado de quedarse con el bolsillo más limpio aún que el se comprometió á tener Madrid.

Después de haber convenido en que debe abonarse una indemnización por todo desperfecto físico que se cause, no puedo tratar en el fondo de esta cuestión municipal.

No tengo dinero para indemnizarlos por los daños que me reclamaria justamente vuestra nariz.

La revista militar del día 29 de enero último, fué una de las más notables que ha presenciado el pueblo de Madrid. Aumentaba el interés que siempre excitan esta clase de espectáculos, el ser la primera revista en que se presentaba al nuevo soberano.

Una inmensa concurrencia inundaba los pasajes de Atocha, Prado, Recoletos y Fuente Castellana, donde se hallaba establecida la línea de parada, así como todas las avenidas de la calle de Alcalá en que tuvo lugar el desfile.

S. M. revisó las tropas en toda la extensión de la línea, viniendo después á situarse delante del Atrio de San José, para presenciar el desfile. Este es el momento que representa nuestro grabado.

La verdad es, que cuando se concluye un Carnaval, quedamos tan aburridos de ver cruzar por esas calles arlequines, beatas y mamelucos vestidos de parentina y recortaduras de papel, que nos despedimos mentalmente para siempre de tan ruidosas fiestas.

Pero el olvido es el bálsamo consolador de los mortales. Sin él no sería posible perdonar las injurias, ni volver á no baile de máscaras. Olvidamos, pues, que el último Carnaval nos aburrimos y esperamos con ansiedad el día feliz en que debemos aburrirnos nuevamente.

La humanidad cree marchar adelante y no hace más que caminar en círculo. Yo, cuando era más pollo que ahora, he arrojado muchas veces, al concluir un Carnaval, el traje de *Pierrot* jurando no volver á ponermele más, y al año siguiente mandaba alargarme las mangas y asegurarme los botones...

Y quién sabe si os daré dentro de unos días alguna broma en el Prado.

ISIDORO FERNÁNDEZ FLOREZ.

## DON ANTONIO ROS DE OLANO.

Ocupa hoy un lugar en nuestra galería de retratos el de este hombre público, tan distinguido por sus empresas militares como literarias.

Desde la época en que escribía el prólogo que va unido á la obra inmortale Espronceda, hasta los *Cuentos estrambóticos* que últimamente se han publicado en una importante revista de esta corte, ha dado á luz una serie de distinguidos trabajos que le aseguran en las letras un duradero y merecido renombre.

La campaña de África, en que tanta gloria alcanzó nuestro ejército, ilustró con nuevos tintos la reputación militar del Sr. Ros de Olano, acreditándole de general prudente y valeroso al propio tiempo.

Como hombre público, ha figurado desde hace mucho entre los de más importancia de nuestro país, habiendo prestado grandes servicios por su genio organizador y práctico, al frente de las Direcciones generales de las armas.

Si todas estas circunstancias no fuesen ya suficientes á conservar su nombre, bastaría á ello la popularidad que le ha dado el nombre de uno de las prendas militares de más utilidad y más apreciadas del soldado: el *ros*, nombre que no viene á los labios sin que sintiésemos en él los sufrimientos, los combates y las glorias de África.

## LA SERRANA DE LA VERA.

(Continuación.)

Arderán nuestros lectores, como nosotros, en deseos de adquirir datos más menudos y categóricos de las aventuras de la Serrana de la Vera. ¿Quién fué aquella mujer singular? ¿Qué extraños lazos de amor la arrastraron á tan extrema desesperación? ¿Cómo acabó su vida horraceca? Hé aquí preguntas que desgraciadamente nadie puede contestar en términos claros, que cubrió el tiempo velos misteriosos sobre esta parte de la tradición, y la misma poesía popular, tan atrevida y desenvuelta, no ha sabido ó no ha podido levantarlos, como si hubiera sellado la boca del pueblo una mano poderosa para que no pronunciara nombres propios, ni en detalles históricos se entremetiera. Veamos si la poesía dramática, que para dar cuerpo y forma á sus personajes necesita de otros atrevimientos y goza fueros mayores, nos permite aclarar lo que los romanceros callaron, aunque en puntos de historia y de verdad no sean los poetas, ni ménos Lope y Velez, testigos de abono.

Hay que resolver primero una cuestion literaria—cuestion previa que hoy se diría—por extremo importante. *La Serrana de la Vera*, del Fénix de los ingenios, se publicó en 1917, \* y la del autor de *El diablo cojuelo* lleva la fecha de Valladolid, 7 (sic) de 1608 \*. ¿Cuál se escribió ántes? En nuestra opinion la de Lope, que debió serlo en el último año del siglo XVI, á par con el *Blason de los Chaves*, que, como es sabido, está firmada en 20 de agosto de 1599, en la casa de campo de los condes de Chinchón, y es verosímil que al ocuparse en los estudios genealógicos de aquella ilustre familia extremeña concebiera el ilustre poeta la idea de *La Serrana*. Demás que los respetos que guarda, ocultando cuidadosamente los nombres de los personajes, enlazados sin duda alguna con las principales casas de Plasencia, Trujillo y Cáceres, prueban que escribía muy cerca de sus descendientes y con temor de ofenderlos. Por eso desfigura la tradición en lo más importante, mientras Velez, en quien no obran esas consideraciones, la sigue más servil, descubre el apellido del galán, y si yerra en la época y en otros accidentes, como quien no vió papeles fidedignos, ó tal vez quiso contrariar á Lope, conserva en cambio más color local, y da, por consiguiente, á su acción más verosimilitud. La circunstancia de estar tachado el desenlace en el manuscrito de Velez, quedando manca la obra, la de no haberse representado, al parecer, siendo en nuestro concepto muy superior á la de Lope, y otros detalles que luego podrá el lector apreciar, arguyen asimismo la sospecha de que hubo intentos muy poderosos en que el público no supiera que había sido ahorcada la *Serrana*, puesto que recalca por más de un concepto sobre familias principales tal deshonra.

Así, pues, en cuanto á la albeza de los personajes nos parece Lope el más seguro texto, y en cuanto á la exactitud de la acción, Velez: con la extrañísima circunstancia, que dentro de esta hipótesis se comprende muy bien, de que el primero nos parezca más exacto que el

segundo en lo que toca al tiempo y á las relaciones que unen á los personajes entre sí. Finge Velez su acción en el reinado de los Reyes Católicos, ántes de la guerra de Granada, el primer acto; y el final, en los días justamente en que murió en Salamanca el príncipe D. Juan, antigüedad que contradice el estilo del romance de la Serrana, que aunque se escribiera algo despues de su aventura, nunca sería 60 años más tarde, que es la diferencia que el estilo marca, pues para la poesía popular toda acción en tan largo plazo irremisiblemente prescribe, y si el que conocemos fuera variante de romance más antiguo, no lo dejaría de descubrir algun toque, algun rasgo, alguna palabra siquiera. ¿Por qué comedió Velez, sin duda alguna á sabiendas, este anacronismo? No sería intencional para que ménos se lastimasen los interesados en la historia de la Serrana? Tanto más fundada nos parece esta suposición, cuanto que Lope, en cambio, seguro de que callando los apellidos y suavizando la acción había de evitar aquel escollo, dá señas de los personajes muy circunstanciadas.

Del amante de la Serrana, pregunta Fulgencio á Fineso en el acto primero:

¿D. Carlos, no es aquel de Talavera  
Soberino de un obispo ya difunto?

Obispo ya difunto; fijémosnos bien, que parece referirse á sucesos recientes, y á persona de notoriedad pública. ¿Qué obispo de Plasencia pudo ser éste, ligado con las principales casas de la alta Extremadura? No pudo ser otro que D. Gutierre de Vargas y Carvajal, hijo del famoso Francisco de Vargas, del consejo de los Reyes Católicos y su alcalde de corte, magistrado tan sagaz, inteligente y activo, que por él dijo la voz pública lo de *averiguado Vargas*, en testimonio de que delito que él no descubriera quedaba impune. Fueron el Alcalde y su esposa doña Isabel de Carvajal, trujillanos, y estaban por consiguiente con las principales familias de Plasencia, Talavera y Cáceres emparentados. En cuanto al obispo, alcanzó por diverso estilo celebridad no menor que su padre, por haber fundado en la cabeza de su diócesis colegio de la Compañía de Jesús, despues tan fecundo en ilustres discípulos, bajo la advocación de santa Ana y S. Vicente mártir, y en término de Trujillo el convento del Berrocal, dotando ambas fundaciones con pingües rentas. En su palacio de Plasencia se ponía mesa diaria para 300 pobres, y otras que tal en Cáceres y Trujillo; y finalmente, por imitar en cierto modo á Carlos V, se hizo á sí propio juicio de residencia ántes de morir, para lo cual, retirándose á su palacio de Jaraicejo, echó pregones por la diócesis, que los que se sintieran por sus providencias agraviados le demandasen al tribunal que nombró al efecto, en quien tenía depositada una gran suma de dinero para indemnizaciones \*. Placóse mucho en su retiro de Jaraicejo, porque allí educaba en letras y santidad á su sobrina, la famosa poetisa extremeña doña Luisa de Carvajal y Mendoza, que tantos tormentos había de sufrir por el catolicismo en Inglaterra á los pocos años \*; y muerto en Jaraicejo en 1599, fué traído á la magnífica capilla que los Vargas acababan de edificarse para enterramiento de familia en San Andrés de Madrid.

Ahora bien: este obispo tenía muy próximo deudo con las condesas de Torrejon y Chinchón, probablemente hermanas, y Chaves y Carvajales por más de una línea. De la primera consta que era nieta doña Luisa de Carvajal, con que ya vislumbramos claramente el lazo entre *El blason de los Chaves* y *la Serrana de la Vera*, y podemos, sin recurrir al manuscrito de Velez de Guevara, sospechar que era un Carvajal el amante ó seductor de la dama foragida,

sobrina de un obispo ya difunto.

En todas las his orias extremeñas, y aun en las de España, menudean los Carvajales copiosamente, y á don Carlos nos lo pinta Lope tan enlazado con todas las familias ilustres del contorno, que en la escena segunda del acto segundo resultan parientes suyos el capitán Andrada y D. García, y hasta la misma Serrana también resulta más adelante su prima, y se dice que los odios encendidos entre estas dos casas van á ser destrucción de Plasencia nada ménos. Conspiran, pues, estas indicaciones á hacer verosímil la hipótesis de que la saltadora y su galán tocaban muy de cerca á los Carvajales, copa y tronco de las familias extremeñas más poderosas, por cuyo respeto la tradición no ha conser-

vado nombres propios, ni Lope tampoco. Efectivamente, en nueva confirmación de ella, Velez, de tales trabas desligado, desde el primer momento nos revela que el seductor de la Serrana fué el capitán D. Lucas de Carvajal, que aparece también emparentado con otros personajes de su comedia, incluso el jefe de la santa Hermandad, D. Juan de Carvajal. Páreseos que con esto queda ya el misterio de los nombres propios bastante aclarado.

Respecto á la época, nuestras suposiciones pueden acercarse más á la verdad. Desde las primeras escenas de Lope, hallamos descrito así al rey:

Carlos el santo, que es espada y fuego  
Del moro en la defensa del cristiano.

Y aunque sean calificativos para Carlos V singulares, que mejor se aplican á sus antepasados de la dinastía nacional española, en el acto siguiente vemos que dice también el capitán Andrada:

Y pues que vos, D. García,  
Sols letrado y seis soldado;  
Pues el estudio dejaste  
Púntese con el duque á Hungría,  
Y en Túnez visteis mil cosas  
De la milicia mejor  
Que tuvo el Emperador  
En sus jornadas famosas.

Con que ya vemos claramente que Carlos el Santo es el César austriaco, nieto de los Reyes Católicos. La jornada de Hungría se verificó en 1526. En Extremadura tuvo más eco que en otras provincias, porque el duque de Béjar y de Plasencia, D. Francisco de Sotomayor Zúñiga y Guzman, se hallaba en una gran cacería con la flor de la nobleza extremeña cuando recibió la noticia de la guerra del turca, y todos sus comensales incontinenti resolvieron acompañarle en verdadera cruzada caballeresca, como cantó Pedro Barrantes Maldonado en sus *Trovas de Alemania* \*. Ahora bien; en la comedia de Lope, hay galanes todavía enamoradizos que asistieron con el duque en la jornada, y el padre de la Serrana y de su hermano, difunto ya, al parecer, también había asistido; con que la acción debe figurarse entre 1540 y 1550; es decir, en los últimos años del imperio de Carlos V, ántes de su retirada á Yuste. El reinado de los Católicos, en que la pone Velez, es á todas luces insostenible.

Finalmente, respecto á la calidad de la Serrana hay razones poderosas para que nos inclinemos á Lope, que la hace ilustre y placentina, mientras Velez de Guevara le da por padre á un rico labriego de Garganta la Olla. No era en el siglo XVI la seducción de una villana manchada que oscureciera los timbres de un manco noble, que aún se tenía por loable aventura, más acoso que en nuestros tiempos, y el hecho de haber acaecido en la hora la triste doncella, sin que á través de los siglos pueda averiguarse ni aun su nombre, dá á entender que éste es el que más importaba cubrir, éste el infamado por el suplicio. Leonardo la llama Lope y Gula, Velez. Distanto Plasencia ocho leguas de Garganta la Olla, parecerá inverosímil que se fuera allí la Serrana á los que ignoren que la comunidad placentina tenía en término de este último pueblo una gran dehesa llamada las Regaderas, la más montuosa y selvática de la sierra de Tormantos.

Es, en resumen, lo más verosímil que de la tradición popular y de los monumentos literarios podemos inferir, que hacia los mediados del siglo XVI, una ilustre doncella placentina, mal criada y varonil por todo extremo, que más se cuidaba de halcones y libros de caballerías que de rezos y oficios mujeriles, fué con amor ó sin amor, atropellada por un manco de los Carvajales, por cuya ofensa determinó de ejercer en todos los hombres venganza y exterminio; y como era ágil y forzada y diestra tiradora de flecha y escopeta, no le escapaba ningun viajero á quien su mala fortuna condujera por el camino de la Vera, saciando además con ellos sus violentísimas pasiones de mujer, en una cueva ó cabaña donde moraba sobre inaccesibles vertientes. La circunstancia de ser el lugar que eligió de los más hermosos del mundo, por haber agotado allí el pínxel de la naturaleza sus colores; la de ser hermosa y quizá enamorada aquella foragida; la de poner sendas cruces sobre las sepulturas de sus víctimas, donde venía tal vez á rozar por ellas á la madrugada con la hermosa cabeza y los rizos cabellos caídos en actitud de sauce tembloroso, y

\* Igual suelta gótico, de ocho folios en 4.<sup>o</sup> y dos columnas, cuyo único ejemplar se conserva en la biblioteca del señor conde de Campo Alange. Lleva la siguiente cabecera:—Las trovas escrividas por Pedro Barrantes Maldonado estando en Alemania en la guerra del Turco en favor de los españoles; con un romance en que se cuenta la cabaña y otras razones partida del illustre señor D. Juan de Béjar, de la qual habla el romance.

\* Teatro de la santa Iglesia de Plasencia, por Gil González Dávila. Tomo 2.<sup>o</sup> del Teatro coleccionado de España.

\* Vida y virtudes de la venerable virgen doña Luisa de Carvajal y Mendoza, su viaje á Inglaterra y sucesos en aquel reino, por Luis Muñoz. Madrid, 1622, en 4.<sup>o</sup>

\* En la sétima parte de sus comedias, que lleva este título:—El Fénix de España, Lope de Vega Carpio, familiar del Santo Oficio.—Séptima parte de sus comedias. Con losas, entremeses y baladas.—Dirigidas á D. Juan Ferragudo de Córdoba, Cardona y Aragón, duque de Sessa, etc.—Año 1617. Con licencia. En Barcelona, en casa de Sebastián Comellas.

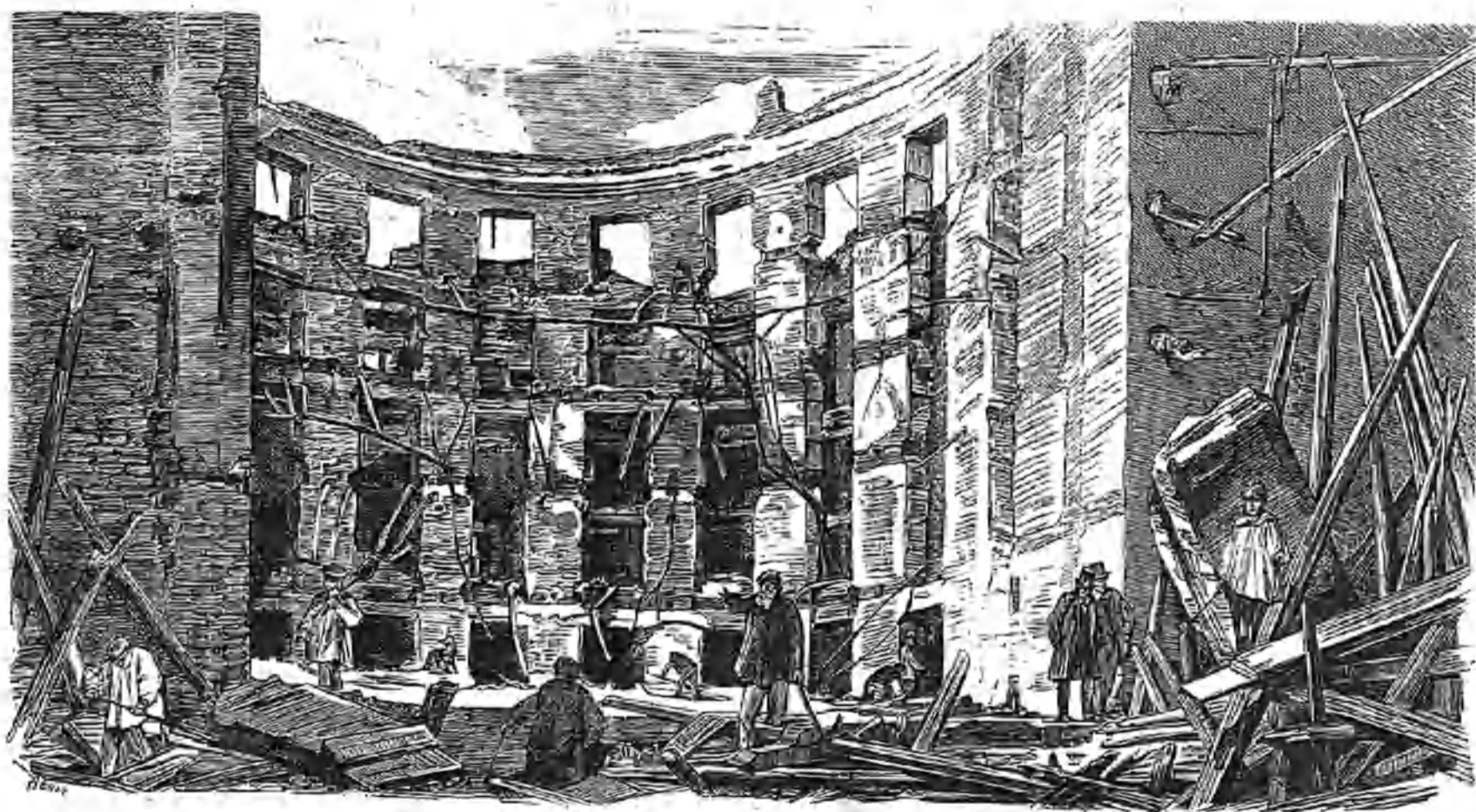
\* El manuscrito autógrafo, que es primer borrador, se conserva en la biblioteca del Sr. duque de Osuna. A la fine amistad del Sr. D. Mariano Zaballina, secundada por el inteligente bibliotecario mayor de la casa, Sr. Batva, debemos el haber examinado el autógrafo de Velez con más detenimiento que hasta ahora lo ha hecho escribir alguno.

\* Sabido es que el barón de Schak, erudito alemán de inolvidable recuerdo para nosotros, en su excelente *Historia de la literatura y arte dramática en España*, dignificó esta comedia, hasta entonces desconocida, y seguramente inédita, del autor de *El diablo cojuelo*, y que nuestros escritores la pudieron en duda, hasta el punto de haber prohibido el ilustre compilador de Lope en la *Biblioteca de Antares Españoles*, una nota en que se dice, que hallándose ya citada una *Serrana de la Vera* en el folio ó catálogo que pasa en su *Periplo* el Fénix de los ingenios, y ésta inserta en la parte VII de la colección antigua de Lope, ésta y no otra debiera de ser la que en la biblioteca de Osuna atribuyó Schak á Velez. Pero años despues el mismo autor de la nota prohibida por el Sr. Hartzelsbusch, D. Cayetano Alberto de la Barrera, en su notableísimo *Guilego del teatro Español*, premiado por la Biblioteca Nacional, ha corregido su yerro, dando señas exactas del manuscrito de Osuna, como la de estar firmado por Velez en Valladolid en 1609, y dedicada á la famosa condesa Josefa Vaca.

En desagravio de unos y otros añadiremos, que los primitivos bibliotecarios de la ilustre casa de los duques también atribuyeron á Lope esta *Serrana* de Velez, según nota puesta en el manuscrito, que sin duda no habían examinado por dentro.



ENTRADA DE LOS ALEMANES EN EL PUERTO VICIENNE.



EL TEATRO DE ESTRASBURGO DESPUÉS DEL BOMBARDEO.

finalmente, el trágico desenlace de su historia en un horrible patíbulo, fueron parte a enamorar al pueblo, que siempre de todos los fanatismos, de todas las poesías y de todas las grandes desgracias se enamora. ¡Qué violento, pero qué bello contraste con Carlos V., que acabó por aquellos días en otra soledad hermana y próxima su carrera de emperador como un santo! ¡Cómo debió herir la imaginación de aquellos rústicos labriegos placentinos, que a la sombra de aquellos castaños selváticos, en impenetrables y agrestes gargantas ó vericuetos habían pasado largo siglo como fuera del mundo!

Para que el lector juzgue por sí mismo si vamos acertados en todas estas suposiciones, pondremos ya á su vista, como hemos puesto el romance popular, los otros monumentos poéticos de la historia de la Serrana, las comedias de Lope y Velaz, que lo son á la vez, apesar de sus defectos, de gallarda poesía y de curioso estudio literario.

(Se continuará.)

V. BARRANTES.

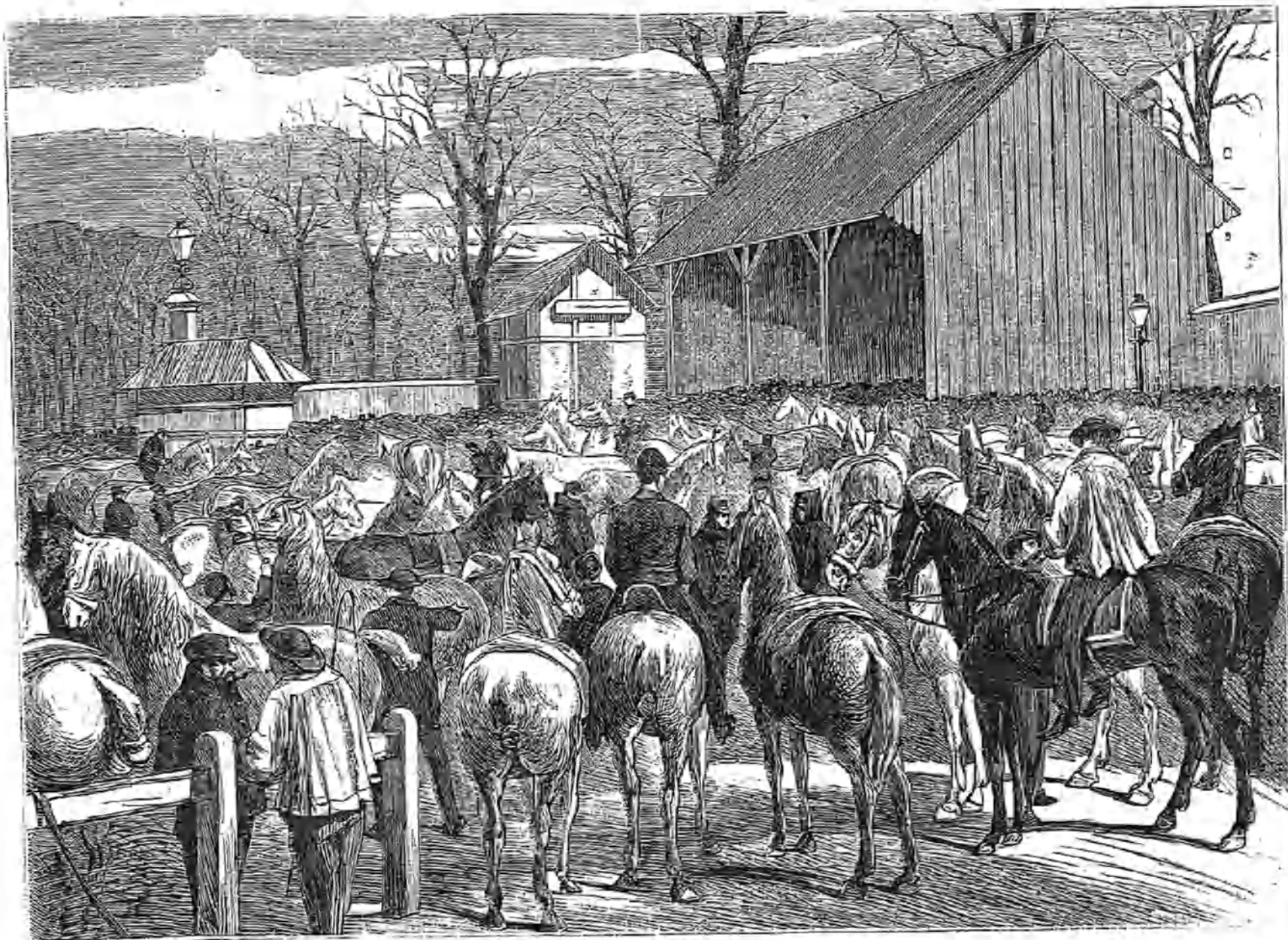
## DON HILARION ESLAVA.

(Conclusion.)

Así corría la vida de Eslava, cuando nuestras revueltas políticas vinieron á turbarla. Disminuidas las rentas de la catedral de Sevilla, el cabildo redujo la pensión de la prebenda que disfrutaba á la exigua cantidad de 400 ducados. Formoso era tomar un partido y Eslava no vaciló: sentía dentro de sí el fuego de la inspiración y se lanzó al género dramático, al cual sus anteriores ocupaciones habían sido valladar insuperable, escogiendo para sus óperas poemas que no desdijeran del sagrado carácter de que estaba revestido. Rudas pruebas sufrió en esta nueva etapa de su vida. Parte de aquel cabildo, con nimio escrúpulo y mal entendida piedad, miró como atentado á la clase la representación en el teatro de las obras de su maestro de capilla: su oncom subió de punto, al saber que en las *Treguas de Tolomaida*, la primera de sus óperas, salía á la escena un

arzobispo, y trataron, por cuantos medios estuvieron á su alcance, de impedir á Eslava marchar por este nuevo sendero del arte. Afortunadamente, en el mismo cabildo había quienes, pesando las cosas en justa balanza, y con tan sólida como bien entendida virtud, compadecían las exageraciones de sus compañeros y animaban á nuestro maestro á seguir el camino emprendido y en el cual el primer paso había sido un triunfo. Uno de ellos, y no fué el que ménos animó á Eslava para que no desmayase, antes bien, siguiese en su empresa, estaba ligado con estrechos vínculos de parentesco al que esto escribe; tal vez á sus prudentes y atinados consejos, que aquel seguía y que ha pagado con cariñosa é inquebrantable amistad, debemos hoy, en gran parte, apreciar las bellezas de las *Treguas de Tolomaida*, *El Solitario* y *D. Pedro el Cruel*, las tres óperas que de él se conocen y que estrenadas en 1841 en el teatro principal de Cádiz, muy pronto corrieron con extraordinario aplauso gran parte de los teatros de la Península.

Triste consorcio del genio, dice uno de los biógrafos de nuestro maestro, que acompañado de la desgracia



MERCADO Y MATADERO DE CABALLOS EN PARÍS.



ENTRADA AL DESPACHO DE CARNE DE CABALLO EN PARÍS.

lleva sobre su frente los laureles de la gloria entrelazados con los dardos que le lanzan la envidia y la malignidad de los hombres! Los graves disgustos que el cabildo de Sevilla proporcionó á Eslava, fueron digno preludio de los que le esperaban al llegar á Madrid, adonde era llamado para poner en escena sus obras. Las cábalas é intrigas de bastidores, la actitud marcadamente hostil de gran parte de los maestros de la capital y de los que, por entonces, pasaban por entendidos en el arte, todo conspiró en contra suya; de todo venció en carácter vigoroso y resuelto, y *El Solitario* se cantó en el teatro de la Cruz con grande éxito.

Por entonces hubo de proveerse de nuevo la plaza de maestro de la Real capilla, y Eslava fué, por voto unánime del jurado, el único propuesto de los opositores presentados. Desde esa época (1844) fijó su residencia en esta corte.

Algun tiempo después, y para bien del arte, fué nombrado profesor de la primera clase de composición del Conservatorio de música, é inspector de la enseñanza del mismo. Triste es decirlo: el empirismo y una rutinaria práctica dominaban en la enseñanza de aquel establecimiento, y los resultados, con honrosas pero escasas excepciones, no correspondían á los loables deseos que al crearle hubieron de proponerse sus fundadores. Eslava emprendió desde luego, con ánimo resuelto, la reforma que era necesaria. Su primer paso fué plantear el estudio de una enseñanza importante en el arte y mucho más en España, que yacía en completo olvido. En una bien escrita Memoria, hizo ver la necesidad imperiosa del establecimiento de una clase de órgano, ofreció adelantar los fondos para la compra del que entonces adquirió el Conservatorio, y dar la enseñanza gratis, interin el Gobierno consignaba la dotación de la cátedra y podía esta proveerse: excusado es decir que sus ofertas fueron hechas prácticas, y de su aula salieron organistas excelentes, como los actuales maestros de capilla de Toledo y de Tolosa, y el malogrado Ambrosio Arriola, datando de entonces la publicación de su *Museo orgánico español*. Obra suya, ó inmediata consecuencia del plan de reorganización y reforma que se había propuesto, fueron las *Instrucciones que para el buen desempeño de los enseñantes, como para el régimen y disciplina de aquel establecimiento*, dictó la Dirección del mismo en 30 de enero de 1861. En ellas se marcan los diferentes periodos de la enseñanza en cada uno de los distintos ramos que allí se aprenden; se establecen como bases sobre que ha de girar aquella, el *serenismo*, la *inteligencia* y la *expresión*, desarrollando de ellas un sistema completo de estudios; se da nueva vida á los ejercicios públicos que mensualmente habían de tener los alumnos, y se determinan reglas fijas acerca del modo de celebrar los concursos para que éstos sean verdad y por ellos se obtenga el apetecido resultado. La actividad de Eslava no tenía límites: todo lo inspeccionaba, á todo atendía, y pronto el Conservatorio empezó á dar señaladas muestras de que sus esfuerzos no eran estériles.

Mientras por otro lado enriquecía el archivo de la Real capilla con nuevas composiciones que revelan ya el talento y el saber del maestro en toda su madurez, Eslava emprendía dos obras que por sí solas bastarían á darle merecido renombre: la *Lira sacro-hispana* y su *Escuela completa de armonía y composición*.

La primera de aquellas publicaciones venía á llenar un gran vacío en la historia de la música, y á mostrar los tesoros del arte español desde la segunda mitad del siglo xv, vindicando á nuestra patria del no merecido concepto en que la tenían algunos críticos extranjeros exageradamente entusiastas de sus glorias, y recabando para España el alto lugar que la corresponde en el mundo musical. La incuria y el abandono en que estaban los archivos de las catedrales, habían causado la pérdida de muchas de las composiciones de nuestros más afamados autores, y era inminente, siguiendo el mismo descuido y la misma lamentable ignorancia, la desaparición de las que quedaban. Uníase á ello, que estas obras ó estaban en los libros de coro, ó en papeles de atril separados y que, por consiguiente, era de difícil suma su estudio. Eslava, con constancia invencible, fué reuniendo y buscándolas por nuestras catedrales, corrió las más afamadas bibliotecas de Francia y de Alemania, especialmente, en busca de las que no se encontraban en nuestras iglesias, formó una sociedad de profesores y amantes del arte para llevar adelante la empresa, y dirigió los trabajos de la publicación en los ocho años que duró.

No es propio de la índole ni tampoco de la extensión de este artículo, hacer un detenido estudio de tan importante obra; quizás algún día publiquemos algunas observaciones que en lectura nos ha engerido; baste hoy para nuestro propósito consignar el gran servicio que Eslava prestó al arte musical. Las obras más notables de Ceballos, Robledo, Rivera, Cristóbal de Morales, de una de cuyas producciones decía el erudito abate Raini que era *el lumbicaco del arte*, Navarro y Victoria, del siglo xvi; las de Aguilera, Juarez, Veana, Pontac, García Salazar, Comas, Ortoles, del xvii; Torres, Muelas, Nebra, Ripa, García y Aranz, del xviii, y de nuestro siglo, Cabo, Secanilla, Doyagüe, Pons, Cuellar, Ledesma (D. Nicolás), Andreivi, Rodríguez Ledesma y algunas del mismo Eslava, se hallan allí entre las de otros reputados maestros españoles. En ellas puede estudiar el curioso, los rápidos progresos que hizo la música española. Del *cento llano*, el *organum*, la *diáfonía*, el *dicantus* y el *fabordón* del siglo xv, se la va avanzando al género fugado ó de imitación; más tarde á la sencillez melódica ó armónica; después, á la combinación de ambos sistemas ó al género *mixto*, hasta que, influida por los adelantos que hacía el *dramático*, acepta, no sin resistencia, todos los recursos del arte que aquel empleaba, y termina por las tres escuelas que hoy se dividen el campo de la música religiosa: la que, aceptando como base los procedimientos del arte antiguo, sólo usa los modernos con escasa parsimonia; la que, desentendiéndose por completo de la tradición, sólo busca la expresión de la letra, y la brillantez y colorido de la composición; y la que pudiéramos llamar eclesiástica, que, tomando los procedimientos de una y otra escuela, los amalgama, y al paso que no incurre en la monotonía de lo que nuestros antepasados llamaban *buen traba*, huye de todo efecto teatral impropio del recogimiento del templo. Por último, la publicación de la *Lira sacro-hispana* ha dado á conocer los grandes servicios que la música debe á nuestra patria, España, que tuvo un San Isidoro, quien, según el erudito Coussemaker, fué el primero que acrobizó la armonía á varias partes; que, también la primera, aplicó la música al lenguaje vulgar, como se ve en las *Cántigas* de D. Alonso el Sabio, fundador en la universidad de Salamanca de la cátedra más antigua de música, según testimonio del celebre ciego Salinas; España, que tuvo un Bartolomé Ramos Pareja, cuya invención del *temperamento*, causó una verdadera revolución en el mundo musical, fué también la primera que, desprendiéndose de la rítmica y de los estrechos lazos que sujetaban á la composición religiosa, buscó la verdadera belleza en la fiel expresión de la letra por la música, no siendo Palestrina, como dice el abate Raini, quien descubriese *esta nueva modernum genus ó novam manerem inusitata á suis predecessori*, sino que antes de él ya lo había hecho el famoso sevillano Cristóbal de Morales, y al mismo tiempo el avileño Tomás Luis de Victoria.

La *Escuela de composición* es el fruto de los estudios y meditaciones de Eslava en su largo ejercicio del profesorado. Sus tratados de *Armonía y melodía*, fundados en los principios estático, rítmico y tonal, son de lo más completo que conocemos; el de *Contrapunto y fuga*, después de exponer con lucidez la doctrina antigua y moderna sobre tan importantes materias, establece la que llama *fuga bella*, utilísima para todo compositor, siendo de notar que, llevado de un respeto digno hacia nuestros antiguos tratadistas, Eslava ha conservado en sus obras el tecnicismo y nomenclatura de aquellos. Por último, su *Tratado de instrumentación*, recientemente dado á la estampa, le consideramos de la más alta importancia. Nuestro maestro, apartándose del camino seguido por los demás autores que han escrito sobre tan interesante materia, después de explicar la naturaleza de los instrumentos y clasificarlos en los convenientes grupos, presenta una serie de estudios prácticos, dispuestos progresivamente desde el cuarteto hasta la grande orquesta, de manera que el discípulo al llegar á esta sonata y aplica los instrumentos aprovechando los efectos particulares de cada uno de ellos; insertando, como en apéndice á su obra, trozos de las obras de los más reputados maestros reducidos á piano, para que el discípulo las instrumente y, comparándolas luego con la partitura, saque de ello útil y provechosa enseñanza.

Tan importantes tareas no impidieron á Eslava dirigir desde 1854 á 1856 la publicación de la *Gaceta Musical de Madrid*, en la cual, como en la de *Bellas Artes*, de Valencia, insertó interesantes artículos de literatura musical; escribir más tarde una *Memoria histórica de la música religiosa en España*, y otra sobre los *organistas españoles*, ricas en datos y llenas de juiciosas y atinadas observaciones sobre puntos interesantes de la historia del arte, y sostener hasta el presente larga correspon-

dencia sobre materias de la misma con Coussemaker, el entendido autor de la *Historia de la armonía en la Edad Media*, Fetis, Adrien de la Fage, Fischhoff, Dhen, Elwyck, y otras eminencias de la crítica musical, y fundar la *Sociedad artística musical de socorros mutuos* en favor de los artistas desvalidos.

Los servicios prestados en el Conservatorio le llamaron en diciembre de 1868 á la dirección de la sección de música del mismo, cargo en el que á poco cesó, y por último el cambio político de 1868 le privó de la plaza de maestro de la Real capilla, por la supresión de esta; y una poco meditada reforma del Conservatorio, en la que se lastimaba su posición como profesor, le hizo renunciar este cargo.

Hemos indicado las obras dramáticas de Eslava; hemos reseñado las que como didáctico ha producido, depositando en ellas todo el tesoro de su saber y doctrina; rústanos hacerla de las que ha escrito en el género religioso y que, en nuestro concepto, son, como compositor, en las que más brilla su talento y su genio. Ni tenemos espacio, ni nos conceptuamos con títulos suficientes para juzgarlas; el aprecio y el aplauso con que se reciben y se oyen, la gran acogida y la admiración que han producido en el extranjero, habla más que todo lo que pudiéramos decir. Su *Te-Deum*, su *Oficio* y su *Misa de difuntos*, sus *Lamentaciones*, sus celebrados *Motetes á voces solas* y la *Paráfrasis de la Cantiga XIV de D. Alfonso el Sabio*, entre tantas otras, bastan para justificar el merecido renombre que goza. Originalidad, verdad, clasicismo, riqueza de armonía y modulaciones, sin caer en las exageraciones tan frecuentes hoy en gran parte de los compositores modernos; sobriedad en la orquesta, grande inteligencia en el manejo de las voces y un espíritu profundamente filosófico, hé aquí los caracteres que brillan en sus composiciones. No se crea exagerado este juicio y nacido de la respetuosa, pero íntima amistad que al eminente maestro profesamos; el inmortal Rossini decía á un amigo nuestro, que le encontraba no pocas veces leyendo las obras de Eslava: las obras del maestro español son magníficas; escribe las voces como nadie sabe hoy escribirlas en Francia ni en Alemania, y como no se ha hecho desde Cherubini. Sea Vd. mi intérprete, le añadía cuando le encargaba entregase á nuestro sabio compatriota su retrato, ya que en él no puedo poner todo lo que siento.

Como las obras de Marillo y Rivera, de fray Luis y de Caldera, revelan la dulzura de carácter del uno, la suergeria y vigor del otro, la serena grandeza de ánimo del autor de la *Vista del Campo* y la nobleza caballeresca del creador de la *Vida es sueño*, así las obras de Eslava son reflejo fiel del hombre que las ha escrito. Afable en el trato, firme en la amistad, severo en su porte, austero en la conducta, de corazón compasivo, inquebrantable en sus convicciones, Eslava es, como decíamos al principio, el tipo del hombre de saber y del clérigo virtuoso. Nunca ha ambicionado honores; sólo tenía la encomienda de Carlos III, que jamás vimos brillar en su pecho, cuando, no ha mucho tiempo, el ministro de Estado, Sr. Sagasta, llamaba á su despacho á los distinguidos maestros Barbieri y Monasterio, y les encargaba llevar á Eslava, en nombre del Gobierno y del arte músico, tan dignamente representado por ellos, el diploma de la gran cruz de Isabel la Católica, como justa y merecida recompensa de la virtud y el mérito; acertada distinción, y tan delicadamente otorgada, que aquel recibió con tanta sorpresa como agradecimiento.

Eslava, querido y respetado de todos, vive hoy retirado y pasa la mayor parte de su vida en una casita del vecino pueblo de Aravaque, reuniendo materiales para terminar la colección de sus obras didácticas. Allí le hemos visitado, y al poner el pie en el dintel de su sencilla morada y divisar á lo lejos el pequeño jardín que anda con sus manos, creímos que, con igual razón que Lope, habría podido inscribir sobre ella nuestro amigo y maestro.

Para mayor noticia:  
Ataque por sus parientes.

J. M. ESPERANZA Y SOLA.

## COSTUMBRES DEL SIGLO XVII.

(Continúa.)

Llegaba también la prohibición á los guantes adobados ó labrados, aunque las labores fuesen de hilo, y en casa no podían tener cama con pabellones ó cobertoras de seda, ni flecos de plata ó oro, y el sastro ó colchetero que fuese para estudiantes algo de lo que la ley vedaba, pagábalo con seis mil maravedís de pena.

\* El ejercicio consistía en componer el *Officio de Santa Isabel* y el salmo *Beati Dominici operarii*, con condiciones análogas al de Sevilla.

Prohibíaseles, no ménos, tener caballo, mala, coche ni litera, exponiéndose, en caso de contravencion, á su pérdida y la de diez mil maravedís de multa.

Los matriculados quedaban sometidos al rector, cargo que se renovaba todos los años el día de San Martín, celebrando su elección con una cena en el Estudio, á la que sólo podían concurrir el escribano del mismo, los consiliarios y bedeles, y si convidaba á otros se exponía el rector á una multa de diez ducados.

No podía desempeñarse el cargo de rector dos veces seguidas, sin intervalo de dos años, por lo ménos, de una vez á otra, y el sujeto nombrado tenia que ser castellano ó leonés.

El rector tenia la consideracion de juez, exento de la jurisdiccion ordinaria en los asuntos escolares, para los que habia fiscal, abogados y demas oficiales de Justicia, exclusivos de su tribunal, que tambien estaba exento de los obispos, por jurisdiccion pontificia privilegiada.

Llegada la hora de concurrir á las aulas, ¡ay de los *abillios* ó novatos! porque habian de pagar la *patente*, que tan grande prerogativa como asistir á las escuelas de Salamanca, vestir bayetas, tener juro de miseria y hambre, cobrar alcabala de todos los ruidos y penden- cias y peaje de todo incauto que se descuidaba, no se hacia á lomo de peñas y necesitaba de más probanzas que el echarse un hábito á los pechos.

Pagar la patente consistia en aflojar unos cuantos reales del caudal ó si no sufría alguna pesada broma de los compañeros, como ser manteados ó hechos *obispillos*.\*

De esto podian librarse siendo apadrinados por alguno de los antiguos, si no experimentaban el humor maleante y despiadado de sus compañeros.

El aspecto enojado y la manera desmesurada de cogerse los manteos, á tiro de arcabuz descubrían al alumno bicho, y los curtidos y zarandeados en el oficio, que de ordinario podian leer cátedras de plearazona mejor que el mismo Guzman de Alfarache ó Pedro del Rincon, pronto le echaban ojo, diputándole por presa de ley para darle *trato*, frase con que se significaba aquel trasiego estudiantil.

Veianle pasear sólo, como gallo forastero, y se le iban acercando poco á poco.

—¿De dónde buenó, señor bachiller! le decia uno de los que más se acercaban; creo haber visto á vuestra merced, y aun cuando no fué sino una vez no pueden borrarse de la memoria sus facciones.

—No acierto dónde, pues soy nuevo en las aulas.

—¿Qué! ¿Por ventura no sois el bachiller Lope del Molino, que tan bravamente defendió el año pasado unas conclusiones?, que me parece que la veo á vuestra merced, con los carrillos hinchados y enrojecidos, brotando fuego por los ojos y dando tales puñadas que deshacías las brandillas?

—Equivocando andáis, hermano, pues yo no conozco á su merced el señor bachiller Lope del Molino, sino es para servirle.

—Andas allá, que sois torpe, Juan de la Membrilla! Que vais á equivocar al licenciado con el tal Lope, dijo otro que entonces se aproximó.

—Me hacéis sobrada merced, replicó el forastero, ni licenciado, ni aun bachiller soy, que ahora me he matriculado en lógica.

—Tanto monta, y por lo ménos Juan de la Membrilla os agravia al equivocaros con Lope, que buena diferencia va de vuestro gentil talle al del bachiller, que es zambo y de mirar tan zaino, que parece que el un ojo se le envaina en el otro.

En esto llegó uno apretándose fuertemente la cabeza y exclamando con dolor:

—¿Quién de vuestras mercedes será servido de prestarme un real de á cuatro, para apretarme un formidable chichón que acabó de hacerme, y votó á tantos que me duela como un condenado!

Todos los circunstantes hicieron ademán de llevarse la mano hácia las bolsas, pero volvieron á sacarlas vacías, diciendo:

—Perdonad, Gatierra, pero hemos olvidado el bolsillo.

Sólo el nuevo saó obra de cuatro á cinco monedas de plata, que todos se abalanzaron á tomar, como si cada uno á porfia tratase de acudir en auxilio del llamado Gatierra, quien por su parte tomó tambien la suya, y todos, con ademán de apretarle el chichón, fueron desapareciendo, mientras que nuestro pobre mozo, tomando por veras lo que habia sido treta, no sabia á quién acudir primero para recobrar los prófugos reales de á cuatro, que no volvió á ver.

Cuando estaba ya próximo á topar con uno, movióse á su lado fuerte pendencia entre dos estudiantes, que pasándose de palabras, el uno hizo ademán de tirar de la espada, que no llevaba, pero descolgándose de repente el manto de sobre los hombros y arrojándole, arremetió con su contrario, que ya se habia pertrechado del mismo modo.

Mas sucedió que, sin pegarse el uno al otro, toparon en medio con el nuevo y empezaron á descargar en él, como en un yunque, con los manteos tan desmesurados golpes, que á pocos dieron con él en tierra, y haciendo como que tropezaban cayéronle en cima, y cuando al momento se levantaron, no sin que primero le hubiesen sacudido périas puñadas, ya el uno habia trocado su astros y traspillado manto por el del nuevo, y el otro el grasiento bonetillo por el flamante del atropellado, desapareciendo entre la multitud, quedando el otro pobre derrangado y sin dineros, y con un manto y bonete que pudieran pretender plaza de mosaicos, por lo variado de los remiandos.

En vano reclamó el traque: los de la pendencia habian desaparecido, satisfecho ya su mal propósito de *dar trato* al nuevo; pero aún no habia éste apurado todas las amarguras.

Empezaron á redarle, compadeciéndose del suceso y dándole baya con apariencias de misericordiosos consuelos, cuando uno de los dos luchadores, que era de los más solfeitos en darle cariñosas pruebas de lástima, y que ya habia cambiado el manto nuevo por otro remendado, haciendo un guiño á los compañeros, movió una tosecilla y rascar de garganta, y apartándose un poco todos, de modo que el nuevo quedase en medio, dijo:

—*¡scipit!* y lanzó una formidable saliva al pobre mozo, siendo aquello señal de tan fiera borrasca de toses y algo más, que en breve quedó el cuidado hecho una espuma, que parecia Sierra-Nevada, y creo que acabaran con él, si el aseteado no hubiese arrojado el manto y saltádose á correr con todas sus fuerzas, no parando hasta su posada, en donde tuvo que ponerse á enjugar al sol, como ranz salida del estanque.

A esto llamaban *sesar* á un nuevo.

En tiempo de vacantes solian reunirse en grupos y andaban de pueblo en pueblo fraguando burlas que jugar á los confiados páparos: acompañábanse de instrumentos músicos, con que improvisaban kailes y jiras, sobre todo en las romerías, que las habia famosas, dando lugar su vida holística y libre á más de cuatro desórdenes.

De este modo, al paso que entraban las aulas, de donde salieron hombres poderosos, entre los que pudiera citarse gran parte de los que ilustraron á España, recorrian los diversos grados de la briva, familiarizándose con todo linaje de gentes, acostumbrándose á la vida vagamunda en tal manera, que se les hacia no poco duro dejar á Salamanca cuando terminaban los estudios: bien es verdad que algunos se sternizaban en las bayetas, tanto que parecían nacidos en ellas, como la tortuga en sus conchas, ostentando sus títulos de bachilleres y licenciados con orgullo, no dejándolos nunca omisos cuando en cualquier cosa se nombraban.

Y ya que de grados hablo, no dejaré de hacer mención de lo que se llamaba en lenguaje de las escuelas *dar gallos*.

Consistía esto en que cuando se conferia algun grado de doctor, entre los ritos habia uno en que cuatro maestros (siempre era este número\*), leían ó pronunciaban un discurso sazonado de urbanas y agudas burlas en prosa y verso, motejándose á sí y á otros, de lo que nadie se tenia por ofendido, y esto era muy semejante á los *vejámenes* que se daban en las academias, y de que he hablado ya en otro capítulo.

Y esto no era cosa de escolares alegres, sino de personas graves, hasta reverendos frailes, celebrándose con muchas veras los donaires y agudezas de los que en tal su entretenian.

Estudiantes habia que cansados de las letras las trocaban por la espada, yendo á desfogar sus impetus belicosos en las Indias, Flandes ó Italia, refugio y ampa-

ro, entonces, de todo malecontento con su suerte, ó de quien teniendo motivo para no creerse á salvo en España, se acogía á tales provincias, como á sagrado en donde la libertad que tras consigo la vida militar hacia poco fácil su seguimiento, pudiendo tambien sus hazañas borrar antiguas manchas y no pocas veces probar fortuna, que tal iba allá sin más hacienda que su espada y arcabuz y volvia hecho un Fúcar.

Salamanca era, pues, el *in antem* de la vida estudiantil, que es como haber dicho alegre y apicarada. No sólo era Atenas española por sus sapientísimos maestros y concurridísimas aulas, sino que tambien habia en ella cátedra abierta de picardía, en la que el más topo merecia vestir la garnacha\* y la borla de archi-doctor y proto-picaro en el arte de esgrimir una espada, rasgar una guitarra, enamorar una moza, aconsejillar á los porquerones del corregidor, correr pasteles, rotular puertas y dar perros y matracas á niñas pícañas ó presumidas.

Daban quehacer al corregidor por sólo el gusto de desazonarlo, y no pasaba noche sin pendenencias ó escalada á donde le hiciesen acudir.

Desprendidos y manietos derramaban el dinero, y el día que llegaba el recuero y por su mano se abria la agura de sus anohecidas bolsas con los brillantes destellos del oro, echaban la casa por la ventana con el agasajo que señor padre les enviaba, con perjuicio mucha veces del papillero.

Solemne de toda solemnidad era para los estudiantes este día, y la carta recibida con los honores de triunfo, muy especialmente si llegaba en una de tantas cinaremas, y no santas, á que su buen humor y mejor maña en el gastar les obligaban casi de continuo.

Pero como las tales cartas de que el recuero ó arriero era portador, no siempre llegaban preñadas de buenas nuevas, sino que á veces traian más tono de paullina que de agasajo, de aquí provenia que no se las recibiese desde luego con victores, sino á beneficio de inventario.

Apenas caia en manos del agraciado cuando ya de todos era sabido el acontecimiento; y jamás perdices acudieron tan pronto al reclamo, como ellos á la lectura de la carta.

Todo se dejaba por ella: ya el manto, á quien se recamaba con un trozo de bayeta, entresacado de la sota-na; ya los zapatos, á los que se daba cierto barniz de civilidad, gracias á la cera; ya el broquel, al cual trataban de enderezar las abolladuras de la noche anterior; ya los naipes, que se *floraban*, ó los dados que se *cargaban*; en una palabra, todo, excepto los libros, que de tan dejados se tomaban de moho.

Agrupados todos en torno del lector, abriase la carta, en la que cada cual fijaba sus ojos, tamaños como escudilla de capigorron, para divisar presto aquel puerto de su ventura.

Si desde los primeros renglones no decia la carta *ahí te envío*, recibíase con desagrado y ordinariamente demostraban lo poco que la estimaban del siguiente modo:

Con una candela prendiánle fuego por arriba y la iban desdoblando y leyendo á medida que la llama la consumia, y cuando llegaban al *ahí te envío*, que era la frase sagrada, apagaban el fuego precipitadamente y leían y guardaban con gran esmero el venturoso papel\*.

Pero en tiempo de estrecheces chispeaba el ingenio recitados nuevos, y despues que la tienda del pastelero servia de Argel á Quintiliano y Baldo, donde los empe-

\* *Garnacha*, lo mismo que *lega*.

\* En el *Guzman de Alfarache* dice: «De los que leían las cartas de sus padres, prendolas quemando á la vela y sino habia *ahí te envío*, acobando en ellas el auto de fe y relinjian al braso agitar.» (Parte segunda, lib. II, cap. VI, por Mateo Lujan de Sayavedra).

«Mas al vivo se pinta esto en la Jornada tercera de la comedia de Rojas titulada: *Lo que quería ver el marques de Villena*. Saben los estudiantes en el acto de leer una carta, en donde nose les dice nada de remesa, y recitan en tono de salmodia lo siguiente.

CRITICA.

Al padre cruel y fiero  
Que al hijo que está estudiando  
No encía de cuando en cuando  
El pío con el arriero,  
Para que volver no pueda  
En sí de error semejante,  
La mano del estudiante  
Carga sobre su moneda.

Tonos.

¡Amén!

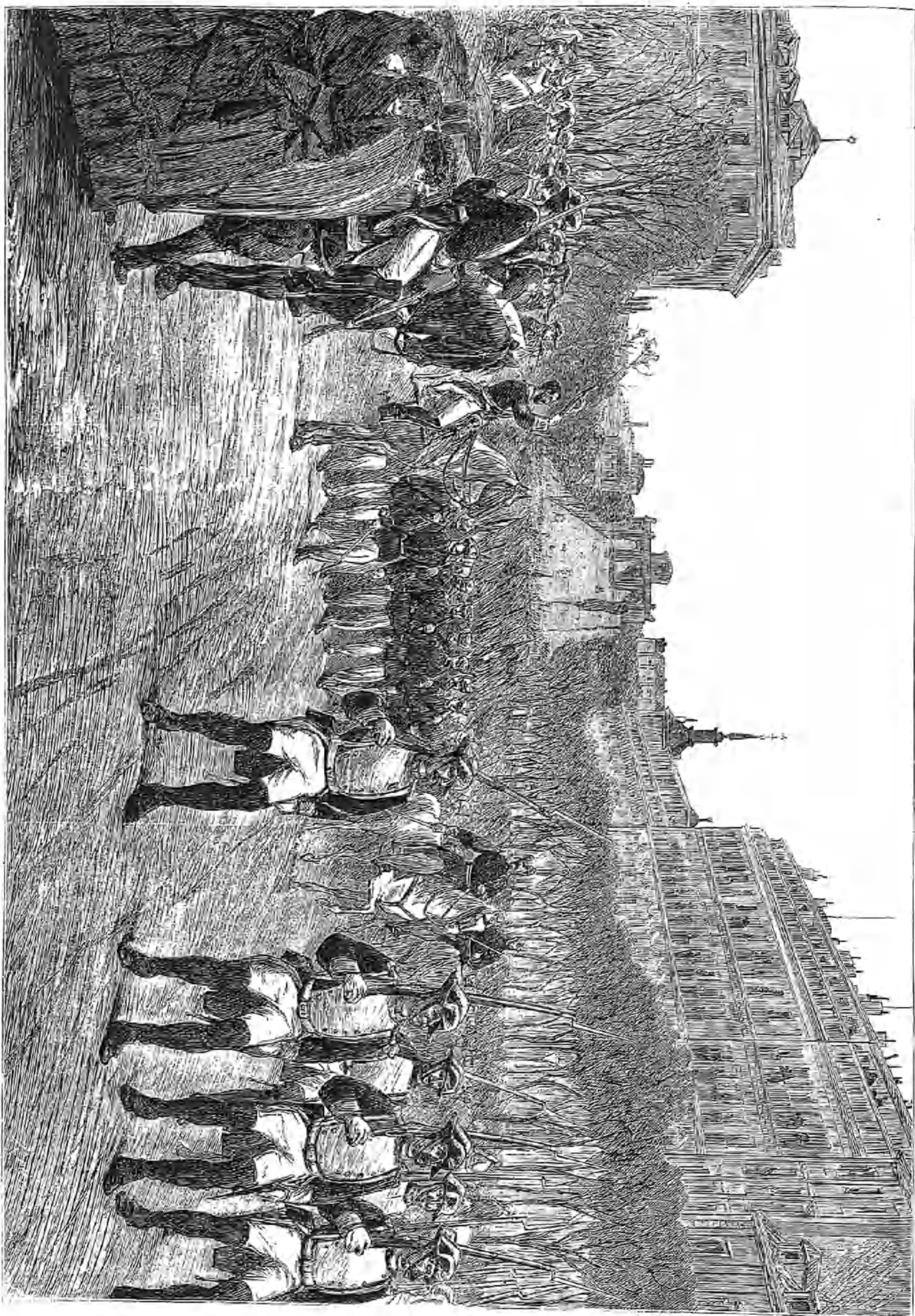
CRITICA.

A cuantos Nerones  
Padres guardan su dinero,  
Con masilla de barbero  
Les arden los corazones.

Tonos.

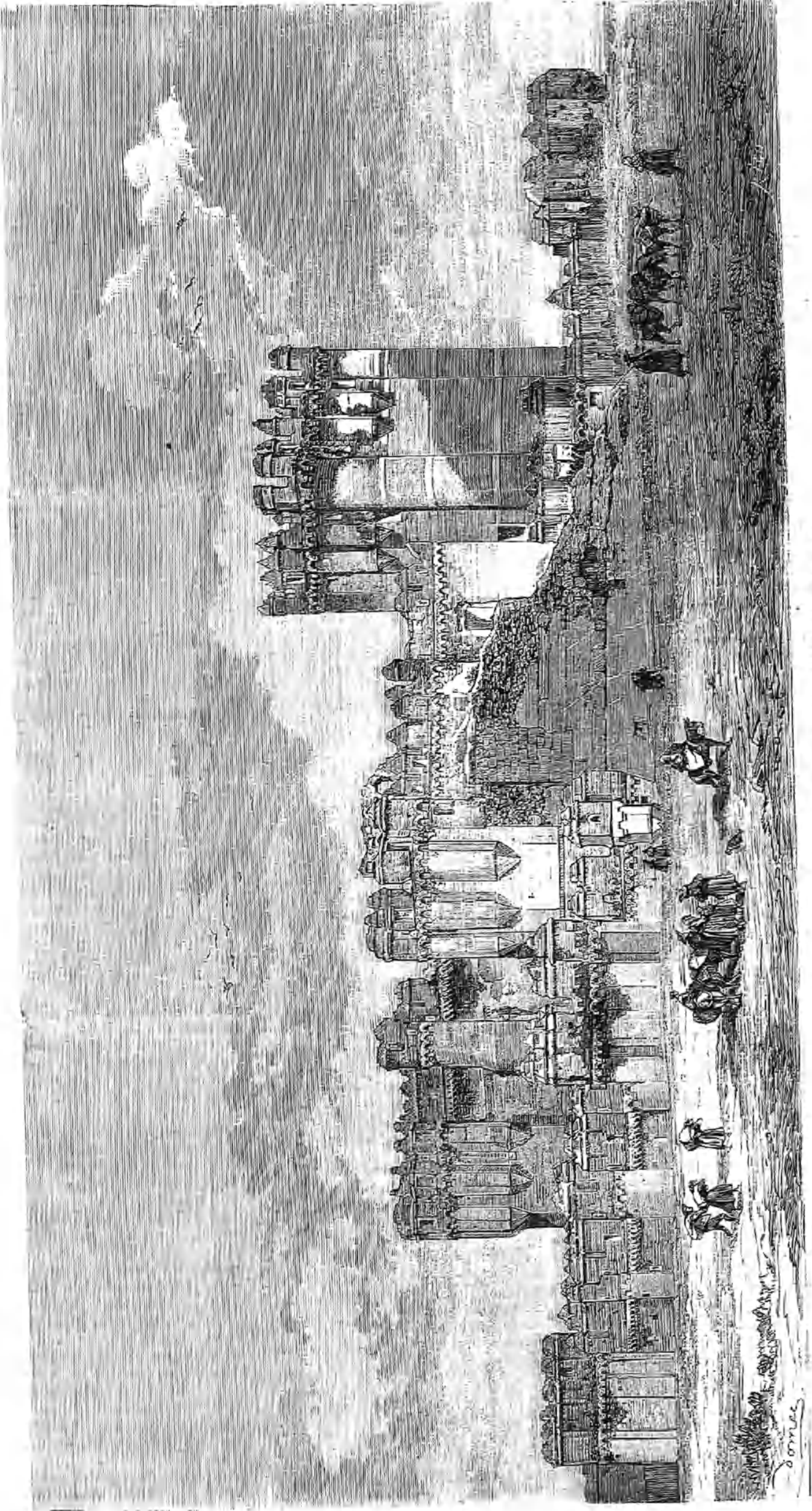
¡Amén!

\* Son siempre cuatro maestros los que se *gallean* á sí y á otros.—(Gasper Lucas Hualgo: *Dialogos de apéndice cabalístico*).



HAVANA MILITAR DEL DIA 29 DE ENERO.— LAS TROPAS DEBILITAN DIELANZA DEL REY.





CASTILLO DE COCA, EN LA PROVINCIA DE SEGOVIA, TOMADO DESDE EL S. E.

ñaban hasta que volvía la hartura de las ollas de Egipto, suplían los asaltos al bodegonero y sobre todo á la despena del ama.

Bien que esta, por su parte, volvía las tornas robando á sus pupilos hasta el sebillito de los manteos.

El hambre porque les hacían pasar era magna, tanto que podía disputar el apellido al mismo Alejandro, y sólo daban con hartura los consejos sobre la templanza, que ahitos estaban de reflexiones, de que tenían indigestos los ayunos estómagos, y estudiante capigorrón había más sobrado con lo que las ollas de los conventos le repartían.

En fin, narrar todo lo que pasaba en la famosa Salamanca y su no menos célebre hermana Alcalá de Henares, que aún hoy recuerda reconocida aquel fénix de los capelos, al glorioso franciscano Jimenez de Cisneros, sería cuento de no acabar y tarea para más bien tajada pluma.

Aquellos tiempos pasaron: sombras apenas quedan de tan célebres aulas y el refrán que recuerda sus glorias y aún se repite: *á estudiar á Salamanca*.

JULIO MONREAL.

TRADICIONES ASTURIANAS.

EL HERMITAÑO.

I.

Hace algunos años que, recorriendo el monte Naranco, situado á media legua de Oviedo, encontré hacia la parte Sur, que domina á la aldea de Villaperi, sobre una pequeña meseta oculta en un ancho declive, los restos informes de una morada modestísima.

Carcomidos por la lluvia y por el viento; cubiertos de ese musgo verdoso que germina en el abandono, con el trascurso de los años; destrozados por las tempestades y desparramados por la planta del hombre, harto difícil fuera determinar la época de la construcción de dicha morada, ni mucho menos cual hubiera sido su destino en un lugar tan apartado.

No hay objeto alguno que me infunda más religioso respeto que unas ruinas solitarias, ya cubran la humillada soberbia de un castillo famoso, ya guarden las cenizas del hogar de un pastor.

Impulsado por el interés nacido de este religioso respeto, traté de averiguar al punto la procedencia de aquellos restos, dirigiéndome al efecto á un grupo de muchachos que, á cien pasos de la meseta, animadamente departían acerca de sus sencillos adornos y de la próxima romería con motivo de la fiesta de la Patrona, en su aldea, sin distraerse del cuidado de sus vacas y ovejas, que á las mil maravillas se aprovechaban de abundantes pastos en sus inmediaciones.

Con la afabilidad propia de las mujeres de Asturias, me manifestaron que los restos abandonados correspondían á una ermita, que, según contaban sus abuelos, hacía muchísimos años que hubiera dejado de existir, y que no había memoria de que ninguno hubiese alcanzado á ver en pie, ni á un sus cuatro paredes.

Preguntélas si sabían algo acerca de la historia de la ermita, y todas á la vez me contestaron afirmativamente; hablándome de un ermitaño muy viejo y corcovado que se había convertido en un arrogante mozo, y de una garrida doncella que de su bizarría se enamorara. Por supuesto, contándola cada cual á su manera, siempre graciosa, y haciendo los comentarios que su credulidad ó ingenio la sugirió, aunque sin apartarse, en lo esencial, de los fundamentos de su narración.

Pocas cosas son comparables al valor de una de estas narraciones tradicionales, hechas con el candor y la in-

genuidad que caracterizan á las jóvenes aldeanas de aquellas comarcas pintorescas, cuando el sol va despidiéndose de la cumbre del Naranco, y la brisa de una tarde de agosto orea blandamente la verde falda del monte.

Allí y en otros sitios innumerables de aquel privilegiado suelo, puede escucharse la tradición genuina, la tradición poética, y el oco dulcísimo de esas baladas melancólicas que ni el genio de Walter Scott ó de Schiller lograría reflejar con toda su natural belleza.

Conservando en lo posible el carácter sencillo y la frescura, por decirlo así, de la narración, voy á transcribirla, sin apartarme un punto de la verdad, lo mismo en el fondo que en los detalles.

II.

Allá por los tiempos de nuestras interminables contiendas con los mahometanos; cuando el espíritu religioso exaltaba hasta el fanatismo las oraciones y devociones de los dignísimos sucesores de D. Pelayo en la regeneración de la patria, con frecuencia se velan cruzar por los numerosos cuanto intransitables caminos de la provincia, á la sazón con categoría de reino, multitud de peregrinos y otros menesterosos, quienes no menos necesitaban de espirituales consuelos que de las limosnas y auxilios que donde quiera les prodigaban.

No obstante, por las cercanías del monte Naranco no se había visto todavía transitar á ninguno, bien fuera por la soledad y apartamiento en que se hallaba, bien porque ni en sus faldas ni en su cumbre hubiese algún santuario de conocida fama.

Y cabalmente se ocupaban de esta circunstancia, durante cierta mañana primaveral, una jóven de diez y seis años, envidiosa de la misma primavera; la madre de la jóven y sus abuelos, familia patriarcal que en sus quehaceres domésticos se recreaba al umbral de su choza, situada donde hoy existe la citada aldea de Villaperi.

— ¡Madre, madre!... ¡Un peregrino! Exclamó repentinamente la muchacha, fijando sus ojos con infantil alegría en el recodo de una senda abierta entre espesísimas malezas, á corto trecho de la choza.

Allí, en efecto, se había detenido á reposar de las fatigas de un larguísimo viaje, según podía deducirse del espeso polvo que le cubría y del sudor que su rostro bañaba, un hombre de edad madura, cuyo aspecto revelaba la austeridad y las privaciones; vestido de un tosco sayal, con su correspondiente esclavina, cubierta la cabeza con un sombrero de anchas alas ornado de conchas y medallas, y apoyándose en un grueso báculo.

Como animados de la misma idea levantáronse de sus asientos todos los individuos de la patriarcal familia y se encaminaron al encuentro del peregrino.

Qué placer para ellos la realización de una de sus más halagüeñas esperanzas, la de dar socorro á uno de aquellos héroes de la fé que, bajo el cilicio de la penitencia, recorrian los desiertos del mundo; la de oírle referir alguno de los innumerables portentos que se contaban del famosísimo Santiago de Compostela, cuyas maravillas acudían á admirar desde los puntos más remotos de la tierra!

Llegados junto á él, después de saludarle con muestra del mayor respeto, basando sus manos, á pesar de su decidida oposición, invitáronle á tomar descanso en su choza y á que reparase sus fuerzas con algún refrigerio del estómago.

Con atractiva humildad dió el peregrino las gracias por el generoso ofrecimiento, alegando que su penitencia le impedía la satisfacción de sus necesidades bajo el techo de un hogar, habiendo ofrecido á la Virgen del Amparo construir una ermita, en su advocación, en el punto más desamparado de aquellas cercanías.

Grande alegría causaron estas palabras á la hospitalaria familia, é inmediatamente la jóven corrió á la choza en busca de las provisiones ofrecidas, volviendo á los pocos momentos con una cesta de minabres llena de requesón, huevos cocidos y pan de maíz.

Acto continuo el patriarcal abusó distribuía las raciones, siendo la primera y más abundante la que puso en manos del peregrino.

III.

Antes de probar el alimento, después de elevar preces al cielo, acompañándole con igual fervor la familia, sacó de su pecho un escapulario que contenía la imagen de la Virgen del Amparo; escapulario bendito en Compostela, y se lo dió á la jóven, que no cesaba de mirarle.

Entonces pudieron reparar perfectamente en la dignidad de su aspecto y en la atracción de su estatura. Pa-

dieron reparar asimismo que no podía tener una edad tan madura como parecía representar, á causa del extraordinario crecimiento de su barba negra y de la rigidez que la intemperia y las penitencias habían impreso á su cutis.

La austeridad de la mirada de sus negros ojos no podía valar su juvenil viveza ni su dulzura.

Á pesar del quebrato que ocasionaran las fatigas y privaciones á su cuerpo robusto, bien se echaba de ver un vigor extraordinario entre sus proporciones atléticas, con una armonía tan poderosa como la unión de la juventud con la virilidad.

Cuando se hubo despojado del ancho sombrero, descubrió á la admiración de la familia una frente majestuosa y una cabellera abundante, tan negra como su barba. Era un hombre hermoso el peregrino, y no debía tener más de treinta y cinco años.

María, que así se nombraba la jóven, no cesaba de contemplarle con un enagenamiento que hubiese envenenado á cualquiera hombre menos privilegiado que aquel. Mas era un enagenamiento harto respetuoso para que excediera de los límites de un pudor virginal y de una ingenuidad candorosa.

La elocuencia del peregrino igualaba á la distinción de su aspecto, participando del carácter de su fisonomía dulce y severa; pasión y austeridad.

Revestía de formas deslumbrantes la relación de los milagros del apóstol Santiago, y el lenguaje de la virtud y los acentos de la fé no podían hallar intérpretes más dignos que sus labios.

Terminada la comida, manifestó su propósito de buscar el sitio en donde había de erigir la ermita á la Virgen del Amparo en el próximo monte Naranco.

Todos se dispusieron á secundarle con vivo contento, y antes de media hora de indagaciones, ya ascendiendo, ya bajando por la extensa cumbre, encontraron el sitio, cuyas ruinas, según anteriormente se ha referido, atestiguan aún hoy día la piadosa cuanto modesta obra levantada por las manos del peregrino.

Para ella aportaron los materiales, lo mismo el patriarca y su anciana compañera, que María y su madre, no habiendo permitido que le ayudasen en la construcción, porque sus votos así se lo prescribieran; porque había ofrecido á la Virgen ser el obrero único y el arquitecto de su ermita.

IV.

Pronto la fama del ermitaño de Nuestra Señora del Amparo se extendió por muchas leguas á la redonda, traspasando los límites de aquellas comarcas, penetrando lo mismo en las escondidas chozas de las aldeas que en los encumbrados palacios de las ciudades.

Teníasele en concepto de santo, y no era menos celebrado por el rigor de sus penitencias que por el inagotable caudal de sus consuelos para todos los necesitados.

Pero nadie le admiraba, nadie le veneraba tanto como María.

La candorosa niña había experimentado en sus sentimientos una transformación inexplicable desde el día de la instalación del peregrino en la ermita, hacia la cual encaminaba entusiastamente sus pasos, sin darse cuenta de que pudiera impulsarla otra causa más poderosa que la devoción, ni otro móvil más natural que el de la fé.

Preguntaba á su corazón, y sus latidos, por respuesta, la hacían extenuarse. Imágenes tan bellas como las blancas nubes del Oriente venían vagamente á calmar la inquietud de sus sueños virginales; y, al despertar bajo su influjo maravilloso, no se atrevía á rogar á la esperanza que volviese á ofrecerle la ventura que aquellas imágenes le prometían.

Ni se atrevía tampoco á revelar á su madre los continuos desvelos de su alma, por más que hasta entonces fueran estas inocentes revelaciones uno de sus placeres favoritos, la expansión más grata de su filial cariño.

Los días se sucedieron á los días, y la ansiedad sucedió al desvelo en la existencia de la niña. Y de la ansiedad nacieron los temores y los sobresaltos. Y en vez de calmarlos la oración en la ermita, acrecentábanse hasta el extremo de hacerla temblar como la hoja en el árbol, no pudiendo mirar al ermitaño sin colorearse como la grana, exhalando suspiros y murmurando palabras incoherentes, su lugar de los fervorosos acentos de la plegaria.

La cándida María adivinaba instintivamente un peligro para su corazón y no tenía valor para evitarlo. Ella no pronunciaba la palabra, pero estaba grabada en su pensamiento con caracteres indelebles.

El amor, en su esencia purísima, había arraigado pro-

CRISTINA.

Padre que no envía  
La porción eclesiástica,  
Padreza cada semana  
Nuestro hambre de cada día.

TABOS.

¡Amén!

CRISTINA.

Callos tenga luego  
En lugar de sabalones,  
Y así como estas razones  
Están ardiendo en el fuego, (y me lo el 2.º epel)  
Por última peralsion,  
Quiera el que todo lo crea,  
Que el dinero que no envía  
Se le convierta en carbón.

TABOS.

¡Amén!

fundamente en su corazón; había subyugado á su alma. El ermitaño debió haberlo adivinado: su mirada debió penetrar hasta el santuario de aquel corazón, y debió espantarse á la idea de que la mágica palabra resonase también en el suyo, acallando los ecos sublimes de la fé, porque empezó á esquivar la presencia de María, contentándose de la ermita, siempre que la veía encaminarse á ella, subiendo las colinas de Villaperi.

Y la enamorada llegó á comprenderlo, exaltando su pena á su pasión, que los obstáculos más imposibles son, para las alas del amor, los de más fácil vencimiento.

## V.

Aquel hombre ejemplar se llamaba Damian Pelaez y purgaba con sus rudas penitencias las culpas enormes que cometiera en los primeros años de su juventud. Resuelto en su empeño, cuando conoció la pasión que inspiraba, hizo cuanto humanamente le fué posible por combatirla. Quien evita la ocasión, evita el peligro, se decía: y, en efecto, evitó la presencia de la jóven.

Pero ¡ay! era un remedio muy pequeño para un peligro tan grande; peligro que no cedió de ver en toda su extensión hasta que le creyó salvado.

El austero ermitaño amaba á la rosa de los valles. Era preciso huir. Era indispensable despedirse de aquellas comarcas hospitalarias. Era necesario abandonar la ermita, porque sobre el arco santo no habría de elevarse ya purificado el incienso de sus oraciones á la mansión divina; porque aunque no brillase impura la llama del amor en su pecho, no podía arder fuera del mundo, puesto que en el mundo naciera.

Damian Pelaez luchó como un héroe contra la llama avasalladora, pero un héroe no es un Dios.

Derramando lágrimas de desconsuelo subía, á la caída de cierta tarde, la jóven por la falda de la montaña, en dirección al santuario, cuando Damian se la apareció de súbito, arrojándose á sus pies y exclamando:

— ¡María, María... perdón y piedad!... No vayais á arrodillaros ante ese altar profanado por las lágrimas y los pensamientos de este pecador, el más grande de todos. Tan grande que se atreve... ¡a implorar el amor de un ángel! Dios ha descendido á anunciarme en mis sueños que este fuego tan puro que por tí me alienta, ni es un crimen ni puede ser desagradable á sus ojos. Unámonos, pues, en el mundo, cual nos hubiéramos unido en el cielo.

No dijo más aquel hombre. El ángel le tendió su mano para alzarle de la tierra, y el llanto de la felicidad sustituyó al de la amargura en los dos amantes.

Una aureola de grandeza y de gloria circundaba sus frentes, porque para entlazarse sus almas como estaban unidos sus corazones se habían elevado hasta el cielo.

Momentos después descendían de la montaña. Iban á la cabaña de los padres de María.

Damian Pelaez había rejuvenecido. No aparentaba treinta años. En su varónil semblante, la austeridad del ermitaño había sido sustituida por la animación del amor. Su cuerpo ostentaba la bizarría de la juventud, y armonizaba admirablemente con la gentileza de María.

No hay memoria de un día de fiesta más celebrado en aquellas comarcas que el de la celebración de las bodas de María y Damian Pelaez en la ermita del Amparo, ni de que los felices esposos hubieran dejado pasar uno sólo de su larga vida sin orar fervorosamente al pie del altar, cuyas venerables ruinas no visita hoy el campesino sin balbucear también una plegaria.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

## VIAJE AL CORAZÓN DE UNA MUJER.

Pues señor, es el caso que yo me había propuesto llegar al corazón de una mujer y no encontraba medio de verificar este viaje.

Nunca hallaba billetes en el despacho del amor.

Unas veces estaban intrasmitibles los caminos.

Otras hacía mucho calor y no era posible viajar hasta que cesase el tiempo.

Otras el excesivo frío lo impedía.

Aguardaremos á la primavera, me dije por fin cierta mañana, y en tanto que llega hagamos los preparativos del viaje.

Estamos en el mes de mayo y tengo ya todo lo necesario para mi excursión primaveral.

La época no puede ser más apropiada. Las expediciones amorosas se hacen mejor en este tiempo.

Porque la primavera es el tiempo de los enamorados, cuando los enamorados no son gatos, *verbigratia*, que tienen el mal gusto de hacerse el amor en los tejados en pleno mes de enero.

Pues como iba diciendo á Vds., la época era buena y mis preparativos estaban ya corrientes.

Sólo restaba decidirme por el camino que había de seguir para llegar al deseado término.

Siempre se ha dicho que el camino mejor es el más corto.

Pero también habrán Vds. oído decir que *no hay atajo sin trabajo*, y así es la verdad.

Por el camino que más pronto se va al corazón es por la boca. Es lo más derecho y lo más corto.

Ya comprenderán Vds. que yo no me había de colar materialmente por la boca del objeto de mis ansias, para llegar á su corazón.

Mi espíritu era solo el que podía emprender este viaje.

A fin de ir allanando el camino y suavizando las *cuestas* que se me pudieran presentar, empecé por comprar á mi amada muchos dulces.

Son una especie de *gravo* muy apropiado para endulzar las asperezas y dificultades del camino.

Cuando yo consideré que había echado lo bastante para establecer la conveniente nivelación quitando todo tropiezo, ingerí todo mi ansioso espíritu dentro de un *bombón*, y se lo ofrecí á mi adorado tormento.

Yo dije para mi capote: no hay más remedio; me tiene que tragar; el camino no ofrece dificultad alguna; está liso como la palma de la mano; en cuanto mi espíritu se vea en la garganta, se cuele en el corazón lo mismo que Pedro por su casa.

El primer trayecto del camino lo pasé sin novedad; pero yo no sé con qué tropiezo oboqué más adelante; el hecho es que dando un salto el vehículo en que iba (el *bombón*) se detuvo en la *glotis*, que es el primer *puerto* que hay en el arrecife del tragadero, y viniendo á dar en la *campanilla* se promovió un alboroto de dos mil demonios.

Mi pobre espíritu, ó lo que es lo mismo, yo, que así tan inopinadamente aquel *repique*, era por un momento que me hallaba en la Asamblea Constituyente y que la presidencia me llamaba al orden á fuerza de campanillazos.

Me salí del modo que Dios me dió á entender, renunciando á aquel camino.

Después, y recordando aquel proverbio vulgar que dice: *Amor por los ojos entra*, traté de introducirme por ellos, pero tampoco pude lograr nada.

Había siempre en las ventanas de los ojos dos *vidrios*, que á todas horas me pedían el *quién vive!*

Como el amor es tan ingenioso y sabe buscar caminos tan diferentes para llegar al término que se propone, intenté penetrar por los oídos.

A este fin empecé á decir á mi amada muchos *secretitos*, muchas palabras cariñosas, muchas frases lisonjeras, muchas flores; pero, nada. Se conoce que aquella mujer hacía *oid á la mercader* á mis lisonjas.

Y á todo esto, el deseo de entrar en aquel corazón y escudriñar todo lo que en él pudiera haber, era en mí una cosa irrealizable.

Se me figuraba que no podía menos de encerrar muchos misterios aquel corazoncito... Nada tan misterioso en efecto como el corazón de una mujer.

Cansado un día de discursar, me sugirió el deseo la siguiente estratagemá.

Ella, la mujer á quien yo amaba y de cuyo corazón quería ser el inquilino por espacio de algun tiempo hasta satisfacer mi curiosidad, tenía en el balcón de su casa una maceta de clavels. Un solo capullo de estas flores, á las que mostraba una predilección entusiasta, se hallaba á punto de *desplegar su perfumado broche*, como diría un poeta; yo digo solamente que estaba á punto de abrirse.

Era evidente que tan luego como abriese, mi adorado tormento se apresuraría á aspirar su aroma.

Puse mi alma toda en el capullo del clavel.

Llegó el ansiado momento, y mis esperanzas se cumplieron.

Me aspiró con la mayor ingenuidad.

Di unos cuantos tumbos por el camino, como que no lo había preparado de antemano. Tuve unas cuantas palabras con un constipado que al paso me encontré; un tremendo estornudo estuvo á punto de lanzarme como si fuese taco de escopeta; pero triunfé por fin, y me instalé dentro de aquel tierno corazón; es decir,

tierno del todo no estaba, porque parece que se le habían gastado un poco los muelles; pero este es un detalle insignificante, que no merece que de él nos ocupemos.

\* \* \*

A mí, lectores, á mí! Venid á mí los que queráis saber algo de ese abismo sin fondo de que tanto se ha hablado y se ha mentado, de ese misterio que se llama corazón de la mujer.

Ya he estado dentro de uno, y os voy á contar todo lo que en él hallé.

En primer lugar, es falso eso de que el corazón de la mujer sea un abismo sin fondo.

No solamente tiene fondo, sino que tiene *fondo doble*, como las cajitas de que se valen los prestidigitadores para hacer sus sorprendentes juegos.

Yo no diré que todos los corazones femeniles sean lo mismo; quizás, y sin quizás, habrá algunos de una estructura más sencilla; pero ahora me concreto sólo al corazón que examiné, y lo que en él descubrí es la descripción que ofrezco á la consideración de mis lectores.

Estaba dividido en tres espaciosos departamentos, á los que conducía un estrecho pasadizo.

Este pasadizo tenía las paredes enteramente cuajadas de retratos.

Yo me figuré al pronto que entraba en casa de un fotógrafo y me dije: Vamos, todos estos individuos compondrán una galería de hombres célebres contemporáneos. Me confirmé en esta creencia el haber visto entre ellos el retrato de Leotard, el esbelto gimnasta á quien mi adorada y yo habíamos aplaudido tanto, años pasados; ella con más insistencia que yo mismo, y eso que tan aficionado soy á la gimnasia.

Pero me escané un tantico, algo después, la circunstancia de haber visto el retrato de un *mozo rubio* á quien yo no conocía más que de vista, por la coincidencia de que en los teatros, y en los paseos, y en todas partes adonde concurría con mi adorada, se fijaba en ella con una insistencia un poco sospechosa.

Esto fué para mí un rayo de luz. ¿stará esta mujer enamorada de Leotard, que era mozo, y de aquel otro mozo, que era rubio? ¿Cómo amalgamar estas antiteles?... ¿Y los demás individuos altos y bajos, flacos y gordos, pollos y gallos, que en aquella especie de galería se encontraban?... ¿Amara ella á todos? ¿Cómo tan encontrados tipos podrían caber en aquel corazón!...

La sorpresa me hizo dar un salto, y de este salto me puse en la cabeza.

Fregué allí por la razón, pues la necesitaba para que bajase conmigo al corazón, y sirviéndome de *ceberrone* me explicase todo aquello, y después de mil pesquisas pude al fin encontrarla, y se prestó gustosa á hacerme este servicio.

Díjome, pues, así que descendimos, que aquel pasadizo era el departamento del amor—el que menos espacio ocupa en el corazón—y que aquellos retratos significaban los individuos por quienes la propietaria se había interesado más ó menos.

Y desde arriba abajo estaban cubiertas las paredes ¡Santo Dios! y yo no estaba allí: no ya mi imagen, pero ni aun siquiera mi nombre estampado en una mala tarjetita!...

El resto del corazón se componía de tres espaciosos departamentos.

A la derecha, el del *lujo*; á la izquierda, el de la *vanidad*; en el centro, el del *amor propio*.

En el del *lujo* se veían hacinados multitud de descos de gulas y de joyas, de perlas y diamantes, de miles de miles de caprichos diferentes. No se podía entrar en tal departamento. Era grande, pero estaba completamente lleno.

En el de la vanidad había aire, mucho aire; pero un aire saturado de incienso, cuyo incienso olía á lisonjas.

En el departamento del *amor propio* no hallé nada. Estaba solitario; solitario como siempre se encuentra el egoísmo. Nada indicaba ser este el departamento principal. Ningun adorno, ninguna belleza; ni siquiera calor en el ambiente. Aquello estaba oscuro y frío como la lóbrega morada de algun áspid.

En las paredes se leían algunas inscripciones.

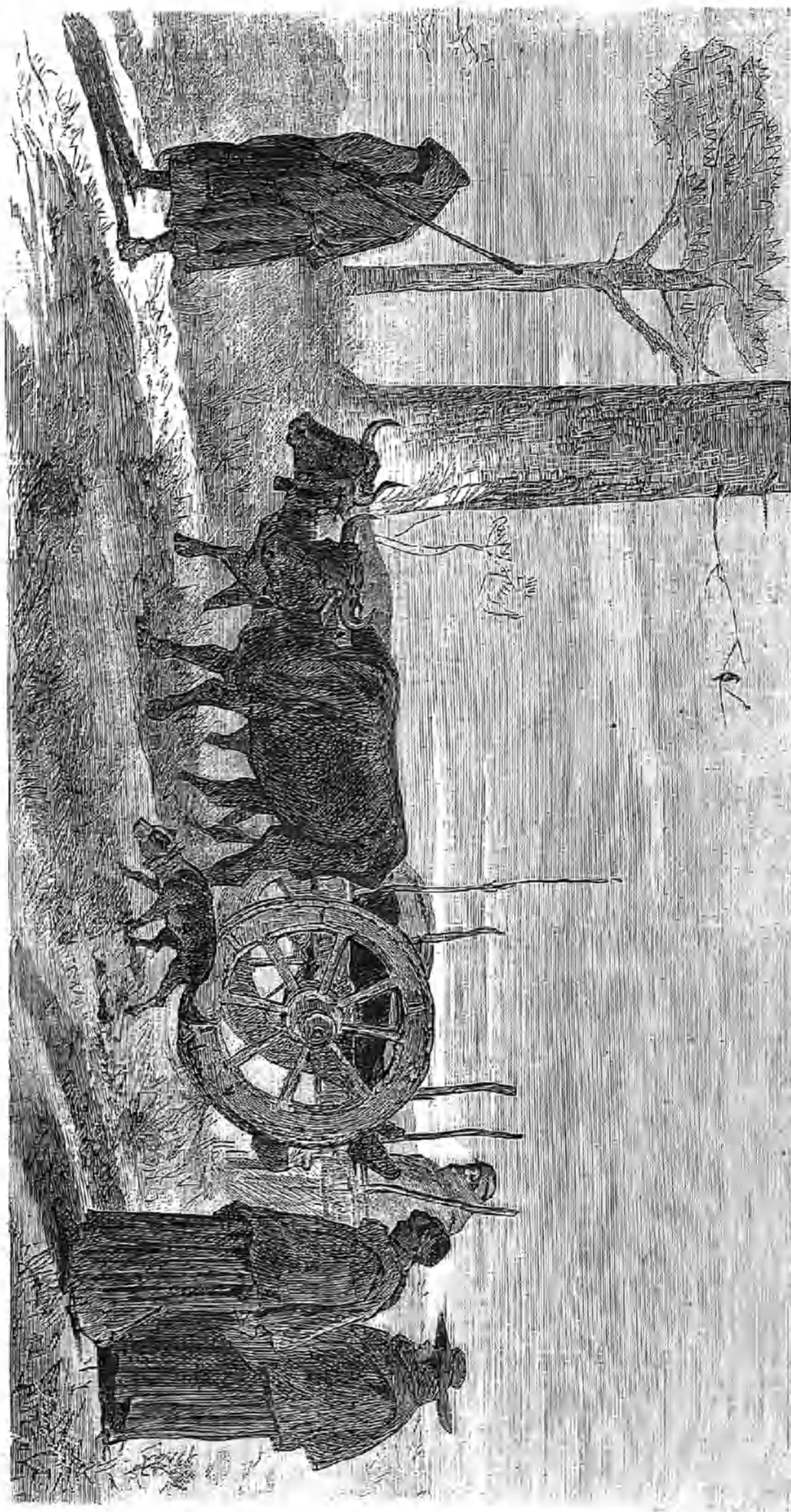
Decían unas: «Soy hermosa.»

Otras: «Nadie resiste á mis encantos.» «No hay quien no me rinda vasallaje.» «Me dicen que á la belleza reúne la elegancia y el talento.» «Se me adorna.» «Se me considera como modelo.» «Los hombres se disputan mis miradas.» «Me envidian las mujeres.»

Y otras muchas inscripciones por el mismo estilo.

Si en aquel corazón no se hubiera percibido distintamente el acompasado movimiento del *sístole* y *diástole*

RECUERDOS DE UN VIAJE.—LA CONDUCCION DE UN CADÁVER EN UN TORILLO.



le, yo quizás hubiera dicho que aquello no era un corazón.

Interpelé á la razon que me acompañaba, diciéndole:

—¿Cómo es que este corazón se mueva lo mismo que los demás?...

—Se mueve como los otros; pero no siente del mismo modo, respondió. ¿Tú, no te llamas Sixto Diaz?...

—Cierto que me nombro así; pero eso ¿qué tiene que ver con...?

—Pues el sistole de este corazón, te ha querido decir: *Sisto-lee* lo que hay en él.

—¡Calla!... ¡Pues es verdad! No había yo caído... ¿Y el diástole?...

—El *diástole* quiere decir: *Diaz-tole*; esto es, Diaz, toma el tole: lárgate.

—Pues mira, me alegro que me lo hayas explicado. Ahora mismo me largo con viento fresco. Para vivir en un corazón como este, vale más quedarse en la calle en una noche de enero. Además, de que este corazón, según la galería de retratos que yo he visto, viene á ser como una casa de huéspedes, en la que para mí únicamente no hay habitación desocupada.

Y de un salto me encaramé al paladar, y trepando por la lengua (que estaba muy dulcecita) de mi deidad, me embarqué en un estornudo que iba á salir y... ¡achist!... me encontré de repente en medio de la Puerta del Sol.

Desde entonces perdí mi afición á los viajes y me estoy con el Padre Quieto.

Les digo á Vds. que no se puede viajar en estos tiempos en que tanto escasean las posadas donde reciban á uno dignamente.

SALVADOR MARÍA GRANÉS.



RECUERDOS DE UN VIAJE.—EL MÉDICO DE LA ALDEA.

## UN EPISODIO DEL BOMBARDEO DE ESTRASBURGO.

No hace muchas semanas que, viajando por las desventuradas provincias recientemente arrebatadas a Francia por el ejército alemán, me hallé en la antigua ciudad de Estrasburgo.

El sitio y bombardeo que acababa de sufrir esta ciudad fuerte, de cuyo rico en recuerdos históricos y artísticos, contribuían poderosamente a aumentar el interés con que había de ser visitada por mí. Resuelto estaba, pues, á no salir de ella sin haber recorrido todas sus calles y plazas, sin detenerme ántes á examinar los estragos hechos en sus muros y edificios por las balas y bombas prusianas, y sin pararme luego á admirar su magnífica catedral, obra maestra del arte gótico, que manifiesta en sus diferentes cuerpos todos los estilos de aquella arquitectura, desde su origen hasta su más alto grado de perfección y aun hasta su decadencia.

Estando en la Plaza de dicha catedral, recorriendo con ávidas miradas la hermosa fachada, obra del siglo xxy y del arquitecto alemán Erwin de Steinbach, se acercó á mí un individuo de cierta clase que abunda mucho en toda ciudad antigua de recuerdos memorables, y cuyo oficio no es otro que el de enseñar á los forasteros las maravillas de todo género que hubiere en la población.

Viéndome tan extasiado ante aquel glorioso monumento, me preguntó si quería valerme de su ayuda para examinar más de cerca la catedral, el reloj astronómico, los monumentos del mariscal Saxe, de Kleber y Guttenberg.

Aunque por experiencia sabía cuán escasos suelen ser los datos fidedignos que posee esa clase de gente, sin embargo, por hallarme en una población enteramente desconocida acepté su ofrecimiento, juzgando que, aunque no fuera más que para enseñarme las calles, de alguna utilidad había de ser su compañía.

No tuve por qué arrepentirme de haberle admitido en calidad de *nicarón*, pues desempeñó su cometido de un modo muy satisfactorio: á más de enseñarme todos

los monumentos antiguos y modernos, de paz y de guerra, que encerraba Estrasburgo, me contó varios episodios del bombardeo que no carecían de interés.

Aquella tarde la pasamos en recorrer varias calles que no pocos recuerdos del bombardeo conservaban. Visitamos además las ruinas de la Biblioteca, que se hallaba establecida en un antiguo edificio gótico, del que sólo quedan hoy los muros exteriores y los cimientos. De los 56.000 volúmenes que contenía, sólo no han sido aído presa de las llamas el corto número de ellos que fueron apartados del edificio ántes del bombardeo. La preciosidad mayor que contenía dicha Biblioteca eran varios manuscritos relativos á la invención de la imprenta.

Contenía además la Biblioteca una colección de objetos históricos, y entre ellos la espada del héroe Kleber y el puñal con que fué asesinado alevosamente en el Cairo. Es de suponer que estos objetos hayan perecido con el resto de la colección.

De la Biblioteca nos fuimos al teatro. A este edificio moderno no le había cabido mejor suerte que á aquel antiguo: sólo las paredes maestras quedaban en pié. Lo propio ha acontecido con muchos otros edificios nuevos, y era curioso de ver cómo, en muchos puntos de la ciudad, las balas y bombas habían respetado alguna casucha vieja, de que no hay pocas en Estrasburgo, y habían derribado la orgullosa morada de algun prócer que al lado de aquella se levantaba. No de otra suerte á veces una enfermedad epidémica suele llevarse al mazo robusto y deja que el caduco anciano se muera de algun achaque de la vejez.

Dejando, pues, el sitio en donde en un tiempo solían acudir los habitantes de Estrasburgo á buscar inocente y provechoso recreo, seguí á mi guía, que me condujo al *faubourg des Pierres*, que es el barrio de la ciudad que más ha sufrido, y de cuyas casas sólo quedan informes montones de escombros y calcinadas piedras.

—¿Vé Vd. aquella casa? me preguntó el guía señalándome con el dedo las ruinas de una que había sido, al parecer, modesta morada de un humilde mercader ó artesano.

—Pues en ella, prosiguió diciendo, se verificó un acontecimiento, el más terrorífico que ha presenciado esta misera población en todo el tiempo que duró el sitio, y cuando cada bomba ó bala que disparaban las baterías prusianas sembraba el terror, la ruina ó la muerte, y muy á menudo las tres cosas, en el seno de alguna honrada familia de esta ciudad.

Episodio que tal principio tenía, pensé yo, no podía ménos de ser curioso. Pedí al guía que me lo refiriese por extenso y minuciosamente. Contestó que si lo haría, y me contó el suceso verídico que sigue:

—En este solar que Vd. vé, ya que no puedo decir en esta casa, puesto que no existe, vivía un honrado vecino de esta ciudad, llamado Carlos Retter, de oficio relojero. A fuerza de años y trabajo había logrado acumular un pequeño capital, con el cual había comprado la casa que vé Vd. hoy tan lastimosamente derribada; en ella estableció su modesto taller y su hogar, del que no hacia muchos meses había hecho partícipe á una linda jóven, madre ya de un niño.

Alegre y contento vivía Retter, trabajando de día en los de labor, y pasando los de fiesta y las noches con su gentil compañera, que atendía á las faenas de la casa con no ménos asiduidad que él á las de su oficio. Excusado es decir que tanta laboriosidad no quedó sin su bien merecido premio: Retter prosperaba; y aunque los bienes de fortuna que poseía no eran grandes, era dueño de un tesoro inestimable: la dulce paz doméstica.

Aquel hombre era feliz, y feliz era también la madre de su niño, que se criaba fuerte y hermoso, que es la mayor dicha que pueden alcanzar los que la tienen de ser padres. ¿Quién hubiera podido imaginar, al ver á aquella pequeña familia tan venturosa, que en pocas semanas iba á ser la más desgraciada de Estrasburgo? ¿Y quién hay que pueda ser osado á imaginar ó á querer prever nada en este mundo? Hace seis meses, ¿no era considerada Francia como la potencia más brjosa y esforzada de Europa, y su emperador como el más astuto de los diplomáticos? ¿Y qué es hoy Francia? En parte la esclava de Bismarck, en parte la esclava de sus funestas y discordes pasiones. ¿Y qué es

Napoleón III sino el prisionero, después de haber sido el juguete de su enemigo y rival Bismarck.)

Estalló la guerra. Desde los Pirineos hasta el Mosela, desde el Atlántico hasta el Ródano, no se oía otro grito que el de *Berlín*, que tan funesto había de ser para los pueblos germanos, y que tan funesto ha sido para los propios franceses. La Alsacia fué invadida. La batalla de Wörth primero, luego la de Weisemburgo, anunciaron á la orgullosa Francia que sus águilas no eran ya invencibles. Los ejércitos franceses fueron prontamente arrojados de la Alsacia, y Estrasburgo, separada de lo demás de Francia, se vió cercada por las férreas legiones de Prusia.

Con ánimo desfallecido y con abatido corazón que mil desventuras le presagiaba, leyó Retter la noticia de las primeras derrotas de los franceses. Los prusianos se acercaban rápidamente, y á los pocos días él mismo los pudo ver desde los muros de la ciudad. Iban á sitiar á Estrasburgo: ya la tenían cercada; iban á bombardear sus antiquísimos edificios y monumentos históricos, sus modernos y lujosos palacios; iban á derribar su propia casa tal vez, la casa en que tenía establecido su taller y toda su hacienda; iban á hundir tal vez el techo que cubría y amparaba á su mujer y á su hijo. ¿Qué hacer en tan apurado trance? Como hombre que estaba acostumbrado á jugar por sí y á obrar con energía, no tardó Retter en tomar el partido que más le convenía. Aprovechó el primer permiso que otorgaron los sitiadores á los habitantes de la desventurada ciudad para que pudiesen sacar cierto número de mujeres y niños, y envió á la suya con su hijo á la vecina Suiza, en donde tenía parientes y no pocos amigos.

¡Triste fué para Retter y su mujer la despedida aquella!

El la veía partir, con su hijo al brazo, tal vez para no volverla á ver jamás; pero á lo ménos sabía que en la pacífica Suiza estaría segura, lejos de las balas y bombas prusianas, lejos del hambre y de las enfermedades, que no podían tardar en extender su terrible dominio sobre la malhadada ciudad.

Este pensamiento le servía de consuelo en su desgracia, y después de haberlos acompañado hasta donde los guardias se lo permitieron, se volvió á su desierta morada algún tanto serenado, pero resuelto en todo caso á cumplir con su deber como hombre y como ciudadano.

Los prusianos, como todos saben ya, no se contentaron con sitiar la plaza de Estrasburgo. La guarnición, al mando del general Uhrich, se defendió; y según el uso de la guerra, los sitiadores la atacaron á su vez y comenzaron á bombardearla.

El primer estruendo de Retter al oír los disparos de la artillería y al ver el efecto que causaban, fué el de trasladar todo cuanto de valor tenía en su casa á los sótanos.

Padeció hambre y sufrió mil privaciones, lo mismo que todos los demás habitantes de la infeliz ciudad; pero blandas le parecían cuando pensaba que había logrado librar de ellas á su mujer y á su hijo; y cuando oía el estallido de una bomba, ó el estruendo con que penetraban las balas los muros y tejados, ó el incansante retumbar lejano de la gruesa artillería, en medio de su sobresalto y desasosiego se sentía ménos desdichado al pensar que esas balas, esas bombas y ese ruego estruendo no llegaban hasta la frontera Suiza.

Días pasaban, una semana tras de otra se arrastraba en lenta y azarosa marcha, y las baterías prusianas, lejos de cejar en sus ataques, los dirigían cada día con más vigor y más acierto. A los rigores del hambre, al terror que sembraban en todos los corazones los destrozos causados por los proyectiles, vinieron á juntarse los estragos que en algunos barrios hacían las enfermedades malignas y epidémicas. Algunas balas habían perforado ya el tejado de la casa de Retter, y á dos pasos de ella se veían los escombros de otras ya derribadas. Como última medida de precaución el relojero se retiró completamente á los sótanos en que ya había colocado los objetos más preciosos que poseía. Adviértase que para bajar á dicho local, no había otro medio que el que ofrecía una escalera angosta, cortada, al parecer, en los mismos cincientos de la casa.

Hallándose Retter una noche en su lóbrega morada subterránea, en que apenas se distinguía el rugido de los cañones, oyó un estallido que hizo retumbar la bóveda de la cueva, cuyas paredes se estremecieron como sacudidas por el terremoto: era una bomba que había reventado encima de su cabeza, hundiendo, al estallar, parte del tejado y de los pisos de la casa.

Pasado el primer susto, corrió el infortunado Retter hacia la escalera que ponía en comunicación la cueva en que se hallaba con el piso bajo de la casa; pero cual

sería el temor, la angustia que se apoderó de su alma al ver que se había hundido la puerta de la escalera, la cual estaba completamente obstruida por los ladrillos, las piedras y astillas que habían caído al hundirse los pisos superiores. Con afán siempre creciente se dió á quitar los ladrillos, piedras y escombros que estorbaban al paso por la escalera; pero se cansaba en vano, pues al quitar un ladrillo, una piedra, una astilla, ó un montón de polvo, otros venían al punto á llenar el hueco que con tanto trabajo había logrado haver. Por fin, cansado de ver frustrados todos sus esfuerzos, se retiró de la escalera, y desesperado, furibundo, casi loco, se arrojó sobre el lecho que en el sótano había instalado, y se puso á pensar en su terrible situación. No le podía caber duda alguna de que estaba sepultado vivo; la casa entera le había caído encima, y nadie, en el común peligro, se ocuparía en desenterrarle á él. Estuvo largo rato sumido en ese silencio que parecía precursor del de la muerte; á veces dudaba de si existía aún, otras se figuraba que aquello no era sino un sueño funesto, una horrible pesadilla; pensaba en su mujer, en su hijo, á quienes ya no volvería á ver y que nada de él sabrían, ni aun la suerte horrorosa que tuvo al morir; al recordar su felicidad pasada, su taller en que día por día veía acrecentarse su modesta fortuna, el hogar en que tantas horas de ventura pasara, al pensar que todo aquello lo tenía perdido, sin haber cometido falta alguna, y que por colmo de desdichas estaba condenado á morir de hambre, rablando en aquella cueva oscura, se entregaba por completo á la desesperación. Como no había ventana ni rendija por donde penetrase la luz, no podía calcular el tiempo que duraban estas mortales congojas, que se reproducían y se sucedían unas á otras. Ya gritaba y lloraba como un maniático, ya se quedaba postrado en el suelo como muerto, ya se levantaba, corría hacia la escalera y empezaba á escarbar como un animal feroz.

Estando ocupado en esta desesperada al par que inútil faena, oyó un nuevo estallido semejante al que le había sacudido en la cueva, y ¡oh dicha! ¡oh ventura! ¡Vió la luz del día! Ya era libre, ya no moría; al ménos no de aquella manera horrorosa. Una bomba al caer había hundido una parte de la bóveda del sótano. Inútil es decir que Retter corrió hacia la abertura, y con el auxilio de los escombros y de las piedras, que en la cueva no faltaban, salió á la calle. De su casa no quedaban ya más que las arruinadas paredes exteriores. Al pronto no reparó en tamaña desgracia; mayor había sido la de que acababa de ser milagrosamente librado, y por algún tiempo, no muy dilatado por cierto, experimentó un gozo sin igual; pero cuando se hubo serenado, y empezó á pensar en su mujer y en su hijo, volvió el abatimiento y la prostración de ánimo, y cayó agobiado bajo el peso de desdichas tantas.

Pocos días después de salir de la cueva en que estuvo sepultado por espacio de tres días, el relojero Carlos Retter salió de Estrasburgo, que ya se había rendido á los prusianos. Se fué á Suiza á encontrar á su mujer y á su hijo, y á contarla la historia del bombardeo de su ciudad nativa, á decirle que ya no tenían casa ni hacienda.

Ciertamente no sería aventurado al afirmar que aquella honrada familia, un tiempo la más dichosa de cuantas en esta comarca había, no lo volverá á ser jamás.

Aquí dió término á su relato mi guía; acabó de enseñarme las cosas notables que quedaban por ver, y al día siguiente salí de Estrasburgo.

JAMES CLARK.

## CAMPAÑA FRANCO-PRUSIANA.

(Continuación.)

SITIO Y RENDICION DE PARÍS.— Por fin, después de seis meses de lucha tenaz y cruenta, cuyo recuerdo no se borrará jamás de la memoria humana, el cañon ha enmudecido ruego y cansado ya de lanzar sin reposo por su boca y en todas direcciones muerte, desolación y males sin cuento. Los desde el año pasado constantes enemigos han dado tregua á sus iras, abochornados, sin duda alguna, del espectáculo que están dando á Europa desde el último sitio. París ha capitulado. Entre el gobierno de la defensa de Francia y el rey Guillermo, hoy emperador de la Confederación del Norte, se ha ajustado un armisticio, preliminar necesario de una paz deseada por todos los hombres á quienes no ofusque el rencor ó la pasión política. Durante esta tregua, Francia va á convocar una Asamblea libremente elegida que decida si debe continuar la guerra ó bajo qué condiciones ha de

ajustarse la paz. ¡Dios los Humano y que la paz venga pronto!

Imposible es desconocer la importancia de este hecho, que no alcanza á aminorar las protestas que contra él se han alzado en varios puntos de Francia, y aunque en breves palabras, preciso es que procuremos darnos cuenta de las causas inmediatas que la han producido.

A fines del último Diciembre empezaron los franceses en el Este una importante operación ofensiva con objeto, al parecer, de obligar á los alemanes á que levantaran los sitios de Langres y Belfort, viendo amenazadas sus comunicaciones con Alemania. El general Bourbaki, cuyo carácter entero y conocimientos militares nada comunes ha acreditado en estos últimos hechos de armas, condujo al Este una parte del ejército del Oeste, que unido á las fuerzas que mandaba el general Bresolas y al cuerpo de Garibaldi, formaba un ejército de unos 120.000 hombres bien dirigidos y dispuestos á dar un golpe decisivo. Noticioso el general Werder de esta concentración, se replegó á los alrededores de Belfort, adonde pronto recibió de Alemania considerables refuerzos. Una batalla, ó por lo ménos una serie de acciones empeñadas y sangrientas parecía inminente, y los franceses esperaban, no sin algún fundamento, alcanzar en ellas la victoria.

Después de algunos combates de vanguardias, el general Bourbaki llegó delante de las líneas de Montbéliard el 14 de enero, atacándoles durante tres días con valor é inteligencia, aunque sin éxito, y viéndose en la necesidad de retirarse á Biamont. Este movimiento ofensivo, á pesar de no haber producido todas las ventajas que de él se podían esperar, ha servido para obligar á los alemanes á evacuar Borgoña y á quitar al ejército sitiador no sólo los refuerzos que esperaban de Alemania, sino el segundo cuerpo entero que á toda prisa envió Moltke desde París al ejército del Este.

Los generales prusianos no acostumbraban á desperdiciar las ventajas que la suerte ó sus conocimientos les proporcionan; así, que en efímero en que Werder se encontró en circunstancias favorables, habiendo rechazado el ataque de Bourbaki, tomó la ofensiva contra éste, operación que ha terminado felizmente para las armas prusianas, obligando al ejército francés á refugiarse en Suiza con todo su material.

Algunos combates en el Norte entre las tropas de Faidherbe y Mantouffel, que han dado por resultado el que los prusianos hayan obligado á Faidherbe á replegarse á Lille, dejándoles expeditas sus comunicaciones con París y los demás ejércitos y apoderándose de Mezières, es lo único que ha ocurrido, al mismo tiempo que las tropas del príncipe Federico Carlos y las que manda el duque de Meklemburgo se han reunido, atacando al general Chaney en Vendôme sin que el rigor de la estación haya paralizado las operaciones.

El 27 de diciembre rompieron el fuego las baterías prusianas contra los frentes de los fuertes Este y Sud, del recinto de París, consiguiendo arrojar á los franceses de las obras avanzadas y de la meseta de Avron, y causando bastante daño á los fuertes de Noisy, Roany, Vanves y Montrouje.

Estos primeros reveses han producido en la población de París un efecto moral mil veces más provechoso para la causa alemana que los materiales causados por sus proyectiles. Los periódicos de todos colores, casi sin excepción, han empezado á discutir las dotes militares del general Trochu, acusándole, y con alguna razón, de hacer una defensa esencialmente pasiva, muy distinta de la que podía esperarse de la poderosa actividad que como organizador había demostrado. Á nadie puede ocultársele la gravedad que semejantes discusiones tienen en tales momentos; imposible es á un gobernador de plaza defender ésta hasta el último extremo desde el momento en que pierde la confianza de la guarnición y de los habitantes, y si á esto agregamos que los víveres escaseaban, que la mortandad producida por la mala alimentación y excesiva fatiga iba creciendo de día en día y que las bombas y granadas prusianas caían ya dentro del recinto fortificado de París, no era difícil en vista de todos estos datos profetizar que la rendición de la capital de Francia no había de hacerse esperar tanto más cuanto los alemanes, después de tres meses de bloqueo, habían empezado ya sus trabajos de ataque, acercándose cada día más á la plaza con la firme intención de someterla, aterrándola por medio del bombardeo, á la vez que economizando todo lo posible la sangre de los sitiadores.

En este estado las cosas, no quedaba á París otro recurso que una capitulación honrosa; y para conseguirla empezaron en Versalles las negociaciones que han dado

por resultado un armisticio de veintin dias sin perjuicio de poder prolongarle despues del 19 de febrero, á voluntad de ambos contendientes.

¿Será la paz la consecuencia de esta tregua? Así lo esperamos, confiando, más que en las intenciones de los beligerantes, en que Europa no desperdiciará esta ocasión de terciar en la contienda, interponiendo sus buenos oficios por la causa de la humanidad.

Creemos que la Asamblea se pronunciará abiertamente en favor de la paz, con sólo recordar que la rendición de París ha privado á Francia de 150.000 hombres, 1.500 piezas de plaza y sitio y 400 de campaña, pérdidas enormes que, sumadas con las anteriores, hace que hoy haya en Francia disponibles para la guerra lo ménos un millón de hombres ménos que en 29 de julio, todo el material de guerra y veintitantos fortalezas. Que es, pues, temerario y absurdo tentar otro esfuerzo, á ménos de tener, lo que es imposible, la alianza segura de alguna potencia de primer orden, que pudiera distraer algunas fuerzas alemanas del territorio francés, y ayudar con dinero y material de guerra la causa de Francia. Es preciso, pues, que ésta se resigne á una paz lo más ventajosa que le sea posible, procurando durante ella restañar la sangre que brota de sus numerosas heridas, y no olvidar para el porvenir la sangrienta lección que han recibido, motivada principalmente por un excesivo amor propio nacional.

EDUARDO DE MARLATEGGI.

TEATROS.

AGLAFACONES.—La Alhambra: *Agafacón*. Teólogo agafacón. Comedia en tres actos y en prosa por D. Juan Belán.—Español: *La escuela de la vida*, por D. Antonio Hurtado.

Al mencionar, en uno de los últimos números de LA ILUSTRACION DE MADRID, las novedades teatrales de la primera quinena de enero, consagramos algunas frases á las zarzuelas tituladas *El molinero de Subiza* y *El potosi submarino*; léjos, muy léjos estábamos entonces de presumir que aquellas palabras nuestras—antes recordo cariñoso de amigo que severa censura de revisor—habían de interpretarse torcidamente por algunos, para quienes nuestra concepción intencionada, nada ménos ha significado que imperdonable desden hacia los autores de una y de otra zarzuela. Deden contra el cual aducen los defensores ociosos de *El molinero de Subiza* y de *El potosi submarino*, entre muchos argumentos de peso, las cincuenta representaciones que ambas obras han alcanzado; número fabuloso en los fastos del arte español, á que ni remotamente se aproximaron *Venganza catalana*, *El tonto por ciento* y *Un drama sacro*, consiguiéndolo únicamente *Buenas noches señor don Simón*, *Por seguir á una mujer*, y algunas otras, si bien muy pocas, zarzuelas de equivalente mérito literario.

No tratamos de apreciar ahora los grados de importancia que tales argumentos tienen, ni podía ser nuestro propósito dilucidar hasta qué punto el número de representaciones revela la bondad de una obra dramática; parecemos oportuno, á pesar de todo, dejar sentado, que si no examinamos con mayor detenimiento *El molinero de Subiza* y *El potosi submarino*, fué porque creíamos entonces—y aún seguimos creyéndolo—que ni los autores mismos fundaban grandes esperanzas de obtener gloria y conseguir laureles por tales trabajos. Obras como éstas, en que se necesita muchas veces sacrificar la verdad á las exigencias del divoctor de la magnánima, ni pueden considerarse como verdaderas obras de arte, ni es bien que como obras de arte se analicen, si ya no se quiere que en el análisis haya algo y aun algos de credulidad y de ensañamiento.

Bretón de los Herreros ha escrito muchas comedias de circunstancias; Ventura de la Vega, el insigne autor de *El hombre de mundo*, tradujo muchas obras del francés, sin gran cuidado en algunas ocasiones; García Gutiérrez ha llevado á la escena arreglos ménos que medanos; y qué, ¿será hérito juzgar á esas tres grandes figuras del teatro moderno español, por deslices cometidos á sabiendas y originados casi siempre en ineludibles compromisos ó en necesidades del momento?

Luis Eguílaz, el autor que se llama á sí mismo *palatin*, constante del teatro nacional, sabe muy bien, y lo sabe sin que se lo digamos nosotros, que *El molinero de Subiza* no es una obra que merezca figurar al lado de otros más felices hijos de su felicísimo ingenio; y como Luis Eguílaz sabe esto, como es imposible que no lo sepa, resulta que sus amigos celosos, que han creído ver una ofensa en lo que era sólo conocimiento de una ver-

dad, han sido más realistas que el rey, más partidarios de Eguílaz que el mismo Eguílaz.

Pobre, pobrisima idea han formado del resto critério, de la inteligencia clara y del no común talento del aplaudido vate, los que entienden que pueden ser un secreto para él las irregularidades, las contradicciones y las anomalías sin cuento de su última obra; y cuantos comprenden su carácter saben muy bien que la no interrumpida asistencia del público á las representaciones de su obra, léjos de desvanecerle, como pudiera á un espíritu ménos elevado, le convence más y más del agradecimiento que debe á ese mismo público y á cuantos más ó ménos directamente han contribuido á presentar con todo esmero en la escena *El molinero de Subiza*.

Es el tal molinero un nieto del rey D. Sancho de Navarra que aspira, y es natural, á ser tan rey como su abuelo; y, si bien el camino que escoge para lograrlo es algo tortuoso, y áspero y difícil, conséguelo á la postre, y consiguiera ademas partir el talamo y el trono con Blanca Margelina, la moza más garrida y la más discreta dama que existe, por aquel entónces, muchas leguas á la redonda.

El cómo se realizan tan faustos acontecimientos, el cómo los tristes enamorados sufren mil contrariedades antes de verse unidos en eterno é indisoluble lazo, el cómo Gonzalo se disfraza de molinero, despues de hidalgo, despues aún de fraile y por último de monarca, cosas son todas que el espectador presencia y admira y aplaude sucesivamente en el curso de la representación.

Obsérvese en la primera escena bastante animación, mucha vida, mucho movimiento: villanas y villanos jóvenes—parece que los viejos están durmiendo—cantan varias coplas, entre las cuales recordamos la siguiente por lo que tiene para nosotros de incomprendible:

En dos cosas se parecen  
El columbia y la mujer:  
En que el hombre es quien los mueve  
Y ea que él mire ex se sostén.

Prescindiendo de que, en efecto, el aire ni es el sosten de la mujer, ni tampoco el del columbia, no falta exactitud en el símil, como no falta gracia en esta otra copla:

Cuando veo en el columbia  
Hembra de tal condicion,  
En el centro de mi cuerpo  
Se aloja el corazón.

Parece, pues, que desde el siglo XII hasta el XIX, el corazón humano ha cambiado de domicilio: los hombres de ahora no tenemos el corazón en el centro del cuerpo, sino algo más arriba.

Y, ¿se querrá sostener que el poeta no echa de ver lo falso de esos pensamientos? De sobra conoce que en la parte formal de su zarzuela hay incorrecciones y desajustes que no se habrían tolerado á un principiante.

¿Cómo hemos de suponer, en otro caso, que un escritor distinguido falte por ignorancia á la sintaxis en versos parecidos á estos:

¡Ay! Qué peligrosos son estos dondes  
Cuando se ponen su autoridad;  
Gracia tendrís que un conde mate á...

¿Cómo podremos admitir que el poeta no alcance cuanto hay de impropio en estas frases:

Una niña se fué al molino  
Al molino que puso el amor;  
Más que trigo llevate espereñas  
Y en harina troceadas las víte!

Nueva trasformación de las esperanzas es ésta algo más aceptable que la de convertirlas en humo, como es uso y costumbre entre poetas y novelistas: al cabo las esperanzas troceadas en harina pueden aplicarse para hacer pan, y sabido es que *los ángeles con pan son ménos*.

Que en aquellos tiempos los conspiradores de oficio no hubiesen llegado al grado de cuasi-suprema perfección que hoy admiramos todos, comprendéese bien; pero que en el siglo XII la infancia del arte no proporcionase más recursos que los de conspirar al aire libre, en sitios concurridísimos y donde cualquier transeunte pudiera sencillamente ponerse al tanto de cuanto se tramaba, no es posible admitirlo; esto, no obstante, los conjurados se renuen poco á poco, y sin más santo y seña que algunos versos acerca de los cuales hemos oído decir que se parecen mucho á los de cierta asociación religiosa de Sevilla, coméense y se tratan como compañeros y amigos.

Aparece entre ellos un tal Pedro Tizon, que no sabemos con qué derecho ha dado la cita, y á la primera ojeada echa de ver la ausencia de Guillen Rotron, al cual no concede ni medio minuto de cortesía—bien que esta viveza de genio, no es, como veremos despues, carácter

exclusivo de este Sr. Tizon—y cuando está diciendo que sólo el de Alperche no acude á la cita, aparece el de Alperche jadeante y exclama: *Rotron está aquí*, produciendo el efecto consiguiente á un acontecimiento inesperado, con que se echa de ver que la impaciencia de Pedro Tizon, tenía por lo ménos determinado fin.

Juntos ya los conspiradores, ventilan con la mayor naturalidad sus asuntos, y determinan alzar como rey al jóver García Ramirez, ó sea Gonzalo, ó si se quiere al molinero, y cuando esto han determinado, y se trata ya del juramento indispensable en tales casos, dice Rotron—algo tarde en nuestro concepto:

Silencio, recato,  
Misterio, prudencia,  
La calma es la ciencia  
Que lleva á triunfar;

recomendación un poco tardía, cuando ni de recato, ni de calma, han dado grandes señales aquellos *infanzones*.

Guillen Rotron, instigado por el monarca electo, que se muestra en esta ocasión mal caballero y rey egoísta, ha ofrecido la mano de su hija Blanca á un conde estóldo, á quien llaman unas veces D. Gil y otras conde de San Gil; como consecuencia de estos sucesos, sale poco despues una procesion, y con la entrada de la misma en el templo termina el primer acto.

Y qué, ¿pueden haberse escapado á la perspicacia del poeta los lunares gravísimos que hemos citado y otros muchos que podríamos citar? ¿Desconoce el paladin constante del teatro español que es falso el carácter, ora caballeresco, ora mezquino, ya enamorado, ya ambicioso de García Ramirez?

Y si del acto primero pasásemos á los dos últimos, ¿podría suponerse, sin inferir una ofensa al criterio del autor dramático, que para él son bellezas las mil contradicciones, los anacronismos y las irregularidades á que ha tenido que someterse para producir determinados efectos?

¿Qué amante cariñoso acude á una cita, y no bien llegado al sitio, sin tomar aliento siquiera, sin conceder *un sólo segundo* se queja ya de su amada y la llama perjura, como hace García Ramirez?

¿Con qué derecho esta misma galan acusa de ingrata y traidora á la mujer que, contra su propia voluntad, entrega su mano á un hombre á quien no ama, cuando ademas García Ramirez es el culpable de esta funesto casamiento?

¿Pues cómo admitiríamos que el sentido moral de aquellos nobles caballeros esté tan parvotizado que jueguen *asesino* y tengan por tal á quien, defendiéndose de un ataque inesperado, da muerte al agresor?

Y ¿hay algo más impropio de una situación eminentemente dramática, que la frase de aquel padre á quien se hija recuerda que ambos tienen la misma sangre, y exclama:

Pues por mí  
Y en forma ventura quiero  
En tu pecho, con mi acero,  
Tey á darne una uargría;

locucion forzada, violenta y de pésimo gusto?

El suceso referido por Guillen con motivo de la escape, la situación ridicula de este mismo, diciendo, *arriba, vete del Cid*, al que no es aún esposo de Blanca; las idas y venidas del rey molinero; las injustificadas escenas del monasterio, todo, en fin, lo que en la zarzuela acontece es anómalo, inverosímil y falso.

¿Qué podríamos decir de la formal? ¿Qué añadiríamos á lo dicho que no sepan ya cuantos han asistido una sola noche á la representación de *El molinero*?

La niña que llama á la luna *«lucifera»* esplendente de los cielos; el anciano que dice:

La guerra, la guerra—  
Vanos... Como quiere en padre;

Blanca adiriéndose en una de las situaciones más dramáticas de la obra, que no quiere *meterse en harina*, y los navarros cantando aquello de

Pues García está aquí,  
Que preludie teal  
La guitarra (¡guitarra teales!)  
Una jota navarra  
Por marcha teal.

ofrecen tal cúmulo de... originalidades, que solamente el desenfado de quien tiene ya asegurado su buen nombre y libre de peligros su merecida y envidiable reputación, puede, no digamos justificar, que esto es imposible, pero explicar al ménos.

Ahora bien: para los que conociendo—como nosotros—*La erria del matrimonio*, *Verdades amargas* y tantas otras, están fuera de discusión el buen juicio, el talento y las relevantes dotes de poeta dramático que adornan al autor de *El molinero de Subi-*

no, ¿pueda ser ya un misterio que Luis Eguilaz conoce como nadie las imperfecciones de su última obra? Pensarlo sólo, solamente dudar un instante, sería ofenderle, y nosotros no hemos dudado; concediendo, pues, á la obra la importancia misma que el autor le concede, sólo cuatro palabras dijimos acerca de ella, no de aplauso, tampoco de censura, sino de sencillo recuerdo: con esto suponíamos haber hecho lo suficiente.

No exigen mucho más de nosotros las dos obras estrenadas en los últimos quince días.

Un hombre que juzgando culpable á su esposa, á quien ama entrañablemente, todavía halla en su noble espíritu fuerza suficiente para dar su propio nombre al fruto de un amor adúltero, ¿de qué no sería capaz si supiera que la esposa, lejos de ser criminal, fué sólo víctima inocente de una traición incauta?

Por eso el espectador desapasionado é imparcial puede admitir (y es bastante) el carácter de tal marido (*vaya vida*) en *Aceptar la culpa ajena*; pero no comprendo cómo su esposa, que debe de conocer las raras prendas de aquel hombre, no sea con él franca y le refiera su desgracia, en vez de arrostrar indebidamente una existencia de sufrimientos horribles y de continuo sobresalto.

Pero si hay inverosimilitud, y grande, en todo lo que forma, por decirlo así, el *armazon* de la comedia del señor Belze, es mucho mayor la que ofrecen los acontecimientos de *La comedia de la vida*, calaverada en tres actos del conocido y estimable escritor D. Antonio Hurtado.

Un hombre parecido al de *Aceptar la culpa ajena*, es raro sin duda; pero una niña de diez y siete años que, teniendo sus cinco sentidos cabales, no conoce la puerta de su casa, excede ya cuanto el más cándido espectador puede permitir.

Ni es cierto tampoco que las educandas de las Salesas salgan de aquella santa casa convertidas en semi-idiotas, como la señorita de Castro que el poeta nos presenta.

La comedia, como el autor mismo reconoce al final, tiene muy poco de nuevo, y eso poco está lejos de ser excelente; sin embargo, tanto ésta como la anterior están discretamente escritas, dialogadas con viveza y no carecen de gracia: quizá el público tenía derecho á exigir mucho más de ambos escritores; pero habiendo de contentarse con esto, necesario es hacer mérito de ello.

No comprendemos, sin embargo, que hoy, cuando las infinitas relaciones sociales, cuando las complicaciones excesivas de la vida humana, y las circunstancias nuevas y los nuevos recursos presentan vasto campo al observador, titule *Comedia de la vida* á una intriga inocente entre tutor avaro y pupila joven y hermosa, como pudieran Beaumarchais ó Molière, quien vive la vida del siglo XIX.

¿Por ventura, el autor de *El toison rojo* no conoce otros hechos ni otras ridiculeces que, con mejor derecho, puedan llamarse hoy *La comedia de la vida*?

Admitir esto sería admitir que para el Sr. Hurtado no hemos dado un paso desde el siglo de Luis XIV.

A. SANCHEZ PEREZ.

## EL CASTILLO Y TIERRA DE COCA.

ANTIGUA CAUCA.

(Segovia).

Desde que los adelantos de las artes del diseño y sus auxiliares permiten exhibir con fidelidad y economía toda clase de monumentos, ya no se describen con la pluma fatigando la memoria del lector sin conseguir darle la idea, que se adquiere simplemente echando una ojeada por las vistas fotográficas. ¿Cuántas hojas tendría que escribir para hacer la descripción de ese precioso castillo, cuya vista acompaña á este artículo, y cuántos afanes costaría al curioso el figurarse, no ya el conjunto y minuciosidad de sus detalles, si que tan sólo la proporción de sus contornos?

Muchos días de lectura y meditacion me costó el formarme una idea de las civilizaciones del mundo y nada prestó á mi inteligencia tanta claridad como el ver estereoscópicamente las rudimentarias viviendas de las tribus de Australia, propias de la época de la ignorancia; las pagodas de la India que obedecen á la idea del temor; las estúpeas y pirámides de Egipto, alarde de la vanidad de la fuerza prepotente; las monstruosas columnas de Karnak y el templo pesadísimo de Edfu, creacion de las ideas materialistas; la proporción y armonía que distinguen á las estúpeas y monumentos griegos como al resultado del dominio que ya entonces adquiría el espíritu sobre la materia; el útil puente romano, por el que la

señora del mundo llevó los progresos griegos á todos los confines, asentando á la par las bases de un derecho, otro medio punto por el que la sociedad pasaba de la márgen de la fuerza en busca de la de justicia; las esbeltas catedrales góticas, caladas en desprecio de la materia, que perfectamente responden al pensamiento espiritualista del cristiano; el alcazar moruno, creacion fantástica de un sueño híbrido, voluptuoso, idealista, ó mejor dicho, sibarítico, propio del pueblo que por la pasión buscaba la civilización, con sus columnas delgadas, sus calados arcos que sostienen, sin embargo, riquísimos edificios, vestidos con la esplendidez de colores y dorados que sólo pudo idear una imaginacion calenturienta; los adornos platerescos con que el castellano dueño de dos mundos acumuló en las proporciones que dejaban desmedidas las líneas griegas los más minuciosos y delicados dibujos, como en muestra de su riqueza de ingenio y de recursos, y los atrávidos tubulares puentes de América, ó los palacios de cristal de Europa con que la civilización moderna regne y da á conocerse á las diversas razas de hombres esparcidos en el mundo, y alienta sus relaciones en justo pago de la solidaridad de la especie, ya comprendida, aunque desgraciadamente no realizada.

Por eso, en vez de describir el castillo de Coca, encargo cariñosamente al lector que le mire, y más grato será para mí el evocar los recuerdos que inspira, ya que eso no lo puede expresar el dibujo, ni el lector puede deducirlos con su vista.

Más que castillo, merece el nombre de palacio, porque tal vez sea el último que de este género se construyera en España. Cuando ya los castillos no se edificaban en Castilla, porque los castellanos habían quitado la media luna de la torre de la Vela; cuando ya la niña nacida en el inmediato pueblo de Madrigal, había entrado por Puerto-Real en Granada, y subiendo la cuesta de la familia de los Gomeles, abrió la pesada *Puerta de la Justicia* para sentarse en el trono de Boabdil en la Alhambra, después de la total conquista de la nacion, se contruyó el castillo de Coca, mansion deliciosa en un sitio delicioso.

Hace pocos años lucía su patio hermosísimas columnas de mármol formando preciosas galerías con pavimento de juego de damas y cristales de colores, que anunciaban la suntuosidad que encerraba ese palacio de recreo de los duques de Alba, de aquellos duques que tantos días de gloria dieron á la patria y tantos ejemplos que imitar á los españoles.

De tanta suntuosidad no quedan más que ruinas, y por personas que lo han conocido y visto, se me dijo que por un administrador de los duques se quitaron las columnas del patio para venderlas á 50 rs., y en el año de 1848, ayer quien dice, se han vendido en Madrid á onza de oro cada una. ¿Qué vergüenza! Si los que yacen en los suntuosos sepulcros de la iglesia de la villa pudieran ver hoy su palacio, valiéndose de una frase ya bastante antigua, se encerrarían en sus tumbas por no ver aquellas abandonadas ruinas.

Pero no es el castillo lo que constituye el valor histórico de Coca; si que la Cauca de los Aravaes tiene una importancia tan grande en nuestra época antigua, como que es la causa de dos de los hechos más culminantes de nuestra historia romana: del levantamiento de Viriato y de la resistencia de Numancia.

Es sabido que la Hispania fué el último país de los invadidos por Roma que aceptó el yugo de su dominacion. Entre todos los pueblos de la Hispania, ninguno demostró una resistencia más grande, más heroísmo en la defensa de su libertad, que los que regaba el Duero, y entre las ciudades que en esta lucha se distinguieron ocupa un lugar distinguido Cauca.

Asediada por mucho tiempo, fueron inútiles todos los ejércitos romanos para reducirla á su obediencia, por lo que el pretor Lúcio la ofrece una capitulacion tan honrosa, que, á haberse cumplido sus condiciones, podía decirse conservaba su independencia. Bajo la fe de tal capitulacion, Cauca depone las armas y entonces se vió que la fe de Roma no era más que una *fe mentida*, pues degolló á 40.000 de sus habitantes y arrasó la ciudad, lo que produjo tal indignacion en cuantos sentían en su pecho sentimientos hidalgos, que no le fué difícil á Viriato reunir un grueso ejército para vengar, como lo hizo, tamaño ultraje en los últimos países que riegan el río *De oro*, y no influyó poco en sus hermanos los que peleaban en el nacimiento del mismo río *Duero*, en los numantinos, que, resistiéndose por carácter á sufrir el yugo del vencido, rechazaron toda clase de capitulaciones, prefiriendo hacer con sus propias manos lo que los romanos hicieron en Cauca después del tratado.

La fementida Roma pagó bien caro en Numancia y Lusitania la deslealtad de Cauca. ¿Cuándo se convencerán, así las naciones como los individuos, que el que siembra vientos no pueda recoger más que tempestades?

RICARDO VILLANUEVA.

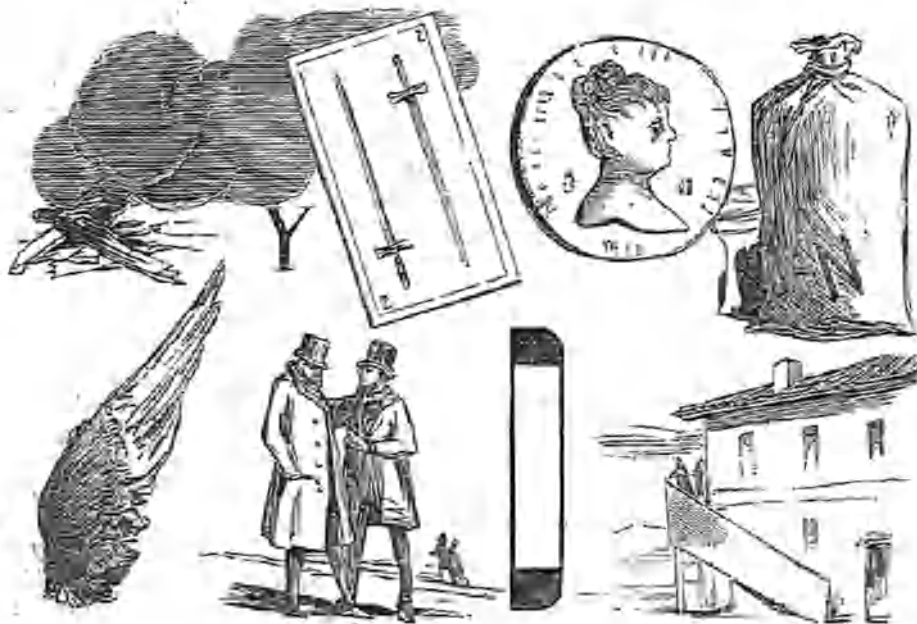
Segovia, 7 febrero, 1874.

## LA ILUSTRACION DE MADRID.

### PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		EN COMBINACION CON EL IMPARCIAL.	
Tres meses . . . . .	20 rs.		
Medio año . . . . .	42 "		
Un año . . . . .	80 "		
EN PROVINCIAS.		EN MADRID.	
Tres meses . . . . .	30 "	Tres meses las dos publicaciones . . . . .	25 rs.
Seis meses . . . . .	50 "	Medio año . . . . .	52 "
Un año . . . . .	100 "	Un año . . . . .	100 "
CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.		EN PROVINCIAS.	
Medio año . . . . .	65 "	Tres meses . . . . .	25 "
Un año . . . . .	130 "	Medio año . . . . .	50 "
		Un año . . . . .	100 "
AMERICA Y ARIA.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Un año . . . . .	240 "	Medio año . . . . .	200 "
Cada número suelto en Madrid . . . . .	4 "	Un año . . . . .	300 "

### JEROGLIFICO.



Solucion al publicado en el número anterior.

EN LA BOCA MURRE EL PEZ.